



LOS FAROS Y EL MAR

ANTOLOGÍA LITERARIA

| *Faros del Mar* |

PRIMER SITIO WEB DE ARGENTINA
DEDICADO A LOS FAROS DEL MUNDO

www.farosdelmar.com

“Los Faros y el Mar. Antología Literaria”

©2025, Faros del Mar.

www.farosdelmar.com

info@farosdelmar.com

[@farosdelmar](#)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, almacenada ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma o manera ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, a excepción de lo determinado por la ley.

A todos los apasionados y amantes de los faros, guardianes
de historias y luces que guían en la oscuridad.

| ÍNDICE |

PRÓLOGO	7
EL GUARDIÁN DEL FARO	9
LA VIGILIA DEL FARERO	13
DESTELLOS DE LUZ QUE ILUMINAN SU DESTINO	21
EL MAR Y LOS SUEÑOS	23
EL FARO DE LA SOLEDAD	27
FARO DE LUZ Y SABIDURÍA	31
ATARDECER EN EL MAR	33
FARO NÓRDICO	35
A LA DERIVA	37
COCUYITO, EL FARO Y EL MAR	39
FARO DE MAR	43
CILINDRO SIN FIN	45
CANTAR DEL ACANTILADO	47
EL FARO DE PUNTA BRAVA	49
AVE DE FUEGO	57
EL FARO DE LAS ALMAS	59
LUZ DE ESPERANZA	65
EL FARO	67
DE TODAS LAS MANERAS	71
EL FARO DE LA SABIDURÍA	75
EL LOCO DEL FARO	81
AÑORANZA	85
EL FARO Y EL VIEJO	89

GUARDIÁN DEL MAR	95
EL FARO EN LA MONTAÑA	97
OLVIDADO	101
NUEVA MIRADA	105
QUIERO SER ELLA	107
DE BARCOS Y CAPITANES	109
EL FARO	111
NUESTRA LUZ	113
EL MAR DE LOS OTROS	115
MI PRECIADO FARO	121
LOS TESTIGOS	123
UN FARO PARA UN FINAL	125
LUZ DE MAR	127
EL FARO	129
ÍCARO AL MAR	137
LA FARERA DE 1870	139
MI FARO	141
MI FARO DE ALEJANDRÍA	143
FAROS EN EL MAR	145
SOTAVENTO	147
EL FARO DE PORLAMAR	149
DONDE DUERME TU TUZ	151
EL CORAZÓN DEL FARO	155
EL LUGAR DE VINICIUS	159
MAR DE ENCANTAMIENTO	165

PRÓLOGO

Este libro es el resultado de un sueño compartido. En “**Faros del Mar**”, el primer sitio web de argentina dedicado a los faros del mundo, organizamos en 2024 un certamen literario con el propósito de celebrar y homenajear a los faros, construcciones cargadas de simbolismo que, a lo largo de la historia, han iluminado rutas y corazones.

La convocatoria superó gratamente nuestras expectativas: recibimos cuentos, poesías y relatos de autores y autoras de Argentina y de distintas partes del mundo, quienes encontraron en los faros la inspiración para crear obras que trascienden fronteras.

Cada texto seleccionado para esta antología es un faro en sí mismo: una luz que guía al lector a través de emociones, paisajes y mares. Estas páginas nos invitan a descubrir historias que recorren océanos, resuenan en costas lejanas y guardan la esencia de quienes viven y sueñan junto a estas torres que enfrentan las tempestades.

Agradecemos profundamente a quienes participaron en el certamen, dejando en cada texto una parte de su alma y su amor por los faros y el mar. Este libro es para ustedes, y también para quienes, como nosotros, ven en cada faro una fuente inagotable de luz, historias y poesía.

Los invitamos a sumergirse en este viaje literario, dejándose guiar por las luces que, como los faros, nunca se apagan.

EL GUARDIÁN DEL FARO

| Por Andrea Romero |

En un remoto rincón del mundo, donde las olas del océano Atlántico golpeaban con furia la costa rocosa, se alzaba un faro solitario. Era un monolito de piedra gris, erosionado por siglos de tormentas y vientos implacables. Su luz, sin embargo, nunca había dejado de brillar, guiando a los marineros a través de la oscuridad y la niebla. Este faro, conocido como "*El Guardián del Mar*", era el hogar de un hombre llamado Samuel.

Samuel había heredado el faro de su padre, quien a su vez lo había recibido de su abuelo. Generaciones de su familia habían dedicado sus vidas a mantener encendida esa luz vital. Samuel, un hombre de mediana edad con una barba espesa y ojos del color del mar en calma, vivía solo en el faro, con la única compañía de su perro, Max, un pastor alemán leal y siempre alerta.

Las noches en el faro eran largas y solitarias, pero Samuel había aprendido a encontrar consuelo en la rutina. Cada noche, subía los interminables escalones de la torre para encender la luz, luego se sentaba en su pequeño escritorio de madera y escribía en su diario. El faro y el mar eran sus únicos confidentes, y a ellos les contaba sus pensamientos, sus miedos y sus sueños.

Una noche de tormenta, cuando el viento aullaba y las olas se estrellaban contra las rocas con una fuerza aterradora, Samuel descubrió algo inusual en la playa. Max ladraba frenéticamente, sus ojos fijos en una figura oscura que yacía entre las algas y la espuma. Samuel descendió con cautela los escalones del faro y, empapado por la lluvia, se acercó a la figura. Era una mujer joven, inconsciente pero respirando.

Samuel la llevó al interior del faro, la envolvió en mantas y esperó a que despertara. Horas más tarde, los ojos de la joven se abrieron lentamente. Eran de un azul profundo, como el océano en calma después de una tormenta.

—¿Dónde estoy? —preguntó la joven, su voz apenas un susurro.

—Estás en el faro —respondió Samuel—. Te encontré en la playa. Mi nombre es Samuel.

La joven, que se llamaba Elena, explicó que su barco había naufragado en la tormenta. Era una viajera, una buscadora de aventuras y misterios. Había oído hablar del faro y del hombre que vivía allí, y su curiosidad la había llevado a emprender un viaje peligroso por mar.

Con el paso de los días, mientras Elena recuperaba sus fuerzas, una amistad profunda comenzó a florecer entre ella y Samuel. Compartían historias, sueños y secretos, como dos almas perdidas que se encontraban al fin. Samuel, quien había pasado la mayor parte de su vida en soledad, se encontró deseando que Elena nunca se fuera.

Elena, por su parte, estaba fascinada por la vida en el faro y por el hombre que lo habitaba. Había algo en la quietud del lugar, en la fuerza constante del faro, que le daba paz. Pero también había una inquietud en su corazón, un deseo de seguir explorando y descubriendo el mundo.

Una noche, mientras la tormenta rugía afuera, Elena y Samuel subieron juntos a la cima del faro. La luz giraba lentamente, iluminando el mar turbulento. Elena miró a Samuel, sus ojos reflejando la luz del faro.

—Samuel, hay algo que debo decirte —comenzó Elena—. Debo continuar mi viaje. No puedo quedarme aquí para siempre, por mucho que me gustaría.

Samuel sintió una punzada de dolor en su corazón, pero asintió con comprensión.

—Lo sé, Elena. Eres como el mar, siempre en movimiento. Pero siempre serás bienvenida aquí, en el faro. Este lugar siempre será tu hogar.

Elena sonrió y, en ese momento, se prometieron mutuamente que no importarían las distancias ni el tiempo, siempre tendrían un lugar en el corazón del otro.

A la mañana siguiente, la tormenta había pasado y el mar estaba en calma. Elena se despidió de Samuel y de Max, prometiendo regresar algún día.

Mientras veía cómo el pequeño bote de Elena se desvanecía en el horizonte, Samuel supo que su vida nunca sería la misma. Había encontrado algo más que compañía; había encontrado una conexión profunda y verdadera.

Los años pasaron, y Samuel continuó cuidando del faro, su luz siempre brillando a través de la niebla y la oscuridad. Cada noche, escribía en su diario, esperando noticias de Elena. Y aunque la soledad a veces era abrumadora, sabía que había alguien allá afuera que pensaba en él.

Una noche, muchos años después, Samuel escuchó un suave golpeteo en la puerta del faro. Abrió y encontró a una mujer de pie en el umbral, sus ojos azules brillando con la luz del faro.

—Elena —susurró Samuel, incrédulo.

Elena sonrió y lo abrazó con fuerza. Había regresado, como prometió. Y en ese momento, bajo la luz eterna del faro, supieron que el mar y el faro, la búsqueda y el hogar, siempre estarían entrelazados en sus corazones.

Desde entonces, el faro no solo fue un guía para los marineros perdidos, sino también un símbolo de esperanza y amor eterno para aquellos que sabían que, no importa cuán lejos viajemos, siempre hay un lugar al que podemos llamar hogar.

LA VIGILIA DEL FARERO

| Por Melina Ballari |

Miró la costa con los ojos entrecerrados por la velocidad de la lancha y el agua helada que le salpicaba la cara. Atrás quedaba el barco que lo había traído desde el continente y el ajeteo de los marinos en cubierta. El marinero encargado de llevarlo a la costa no tenía ninguna intención de conversar. Rehuía su mirada directa y contestaba con monosílabos a sus preguntas.

La velocidad y los embates que recibía la lancha fueron disminuyendo cuando entraron a la cala. En la playa aguardaban tres personas: dos jóvenes con tablas de surf y un hombre de unos sesenta años con la cara surcada de arrugas profundas, que estaba apartado de los jóvenes unos metros y parado junto a varios bultos de equipaje. Dedujo que ese era el farero al que venía a relevar.

Mientras la lancha se acercaba a la playa, empujada ya solo por las suaves olas de la cala y el motor apenas regulando, el marinero y el viejo intercambiaron señales y gritos, palabras sueltas. No era fácil entender de qué iba la conversación; su cerebro completaba el diálogo a partir de sonidos sueltos, caras y gestos que le llegaban. Dedujo que el marinero y el farero se conocían desde hacía tiempo, que se estaban preguntando por algunos conocidos comunes, sobre el clima, que estaba raro, el frío que aún no llegaba, y algunas otras cosas que, en clave y no tanto, tenían que ver con los surfistas jóvenes y extranjeros que estaban allí, y cierto menosprecio hacia ellos, y también hacia él.

Así era la gente nacida y criada en estos lugares, poco dispuesta a ver invadida su conquista estoica y sufrida contra la inhóspita naturaleza por europeos provistos de ropa técnica o ciudadanos que romantizan lo que no conocen. Pero él conocía esta tierra y conocía este mar.

Ya en la playa, entre todos descargaron la lancha: cajas de mercadería, bidones y sus cosas personales. Quiso preguntar algo al viejo, que se hizo el sordo y siguió hablando con el marinero de la lancha.

Los miró irse desde la playa. Los europeos le levantaron la mano haciendo la señal del shaka cuando se alejaban. Los otros dos se fueron de espaldas a la isla.

Trasladó las cajas una a una a un lugar donde sabía que la pleamar no llegaría, se colgó una mochila al hombro, aupó una de las cajas y se encaminó al faro.

La casa del faro era de piedra, tenía olores ajenos y muebles destartalados. El faro y la casa estaban alimentados por paneles solares. Él estaba ahí para controlar que nada fallara y hacer ciertos mantenimientos de rutina.

Tres meses solo en este lugar apartado del mundo, este paréntesis en su vida no podría haberse dado de mejor manera. Era por naturaleza retraído y solitario y veía con placer ante sí días y días de puro ocio que pensaba disfrutar.

Dedicó los primeros días a limpiar, ventilar, instalar sus cosas, traer las cajas de mercadería de la playa.

En tres meses desde la fecha de llegada lo vendrían a buscar a la isla. Mientras tanto, tenía los conocimientos técnicos básicos para mantener el faro funcionando y la radio para comunicarse ante emergencias.

Allí terminaban sus obligaciones para con el mundo. El resto era libertad en estado puro.

A la tarde, se instalaba a pescar desde una roca. Nadaba cuando el mar estaba tranquilo, salía con la tabla cuando las olas estaban buenas. Había nacido en ese mar frío, oscuro, ventoso. Sabía cuándo salir del agua antes de que el neopreno dejara de protegerlo. También sabía cómo pescar y dónde buscar cholgas para luego asarlas a la chapa en cualquier rincón reparado.

Exploró la isla, disfrutó del mar, del aire frío que al fin estaba llegando. Había transcurrido más de un mes desde que había llegado a la isla. Esa mañana se despertó embargado por una ansiedad que no sabía de dónde provenía. Probablemente de los retazos de un mal sueño que no lograba recordar. Pensó que necesitaba una descarga de energía. Las olas eran grandes pero regulares, así que agarró la tabla y salió al mar. El aire estaba cargado de estática. Nadó hasta sobrepasar la rompiente y esperó unos cinco minutos hasta que a lo lejos leyó que esa ola era de las buenas. Cuando se formó, la ola le pareció enorme y debió vencer cierta aprensión: tomó la ola justo a tiempo, estaba equilibrado en la tabla cuando, de repente, un movimiento estúpido, un mínimo de inseguridad, le jugó en contra y fue el golpazo contra el agua, el sacudón, otro golpazo contra no sabía con qué. La oscuridad no terminaba más, no salía a flote, se estaba quedando sin aire y no podía salir. Luchó contra la desesperación que se abría paso en su mente, un grito no expresado, los ojos abiertos, los pulmones ardiendo, la boca que se abre para esa bocanada de agua, la negrura.

Cuando abrió los ojos, aterido de frío y dolor sobre la arena húmeda, la tormenta se había desatado furiosa sobre la isla. Se incorporó y alcanzó a divisar el faro con lo que restaba de luz diurna.

El faro no estaba iluminado. Como un autómatas, se incorporó y se dirigió a la torre. No temblaba, lo cual le hizo temer estar cerca de la hipotermia. Los pulmones, las fosas nasales, la tráquea, todo le ardía como si tuviera fuego.

Ya en la casa, se sacó el neopreno mojado y se puso ropa seca y abrigada. Lo único en lo que podía pensar era en el faro a oscuras. Si los paneles fotovoltaicos tenían problemas, nada podría hacer respecto a eso en medio de la tormenta y la noche que caía. Había que activar el sistema de respaldo. Se aseguró de que el generador tuviera diésel suficiente y le dio arranque. Nada. Probó una y otra vez y el equipo no arrancó.

De repente, lo habitaba, por sobre todas las cosas, la urgencia de activar el faro en esa noche tormentosa. Lo intentó una y otra vez, hasta que no tuvo más fuerzas, hasta que la bronca y el miedo lo desbordaron. Gritó furioso. Fue un aullido que se confundió con un trueno.

Tenía que avisar. La batería de la radio funcionaba, así que llamó y llamó en todas las frecuencias. Nadie respondió.

Por supuesto. De alguna manera, esa última circunstancia encajaba. Había algo natural en que el día de su casi muerte el faro no anduviera, el motor no arrancara, la radio no fuera respondida por nadie, el frío no se le fuera del cuerpo.

Con el temor de que algún pesquero terminara embistiendo la isla, decidió comer, tomar algo caliente y luego seguir intentando. Así estuvo toda la noche, llamando, tratando de arrancar el motor, caminando en la tormenta hasta los paneles con una linterna para tratar de reparar el fallo.

Llegó el amanecer. El cielo seguía nublado, pero la lluvia había cesado. Muerto de agotamiento, subió al faro y desde lo alto revisó la costa. Bajó aliviado, se acostó y tuvo un sueño intranquilo y sobresaltado.

Al mediodía volvió a intentar comunicarse, pero tampoco obtuvo respuesta. Revisó el sistema de los paneles y no encontró fallos ni roturas. El generador seguía sin arrancar. Algo estaba muy, muy mal, pero no podía ir más allá de ese pensamiento.

La situación del faro, la obligación de repararlo, le impedía pensar en lo que le había sucedido en el agua. Y una parte de él agradecía esa excusa que le permitía no entregarse al recuerdo del miedo.

A la semana, tiró una botella al mar. Escribió:

“Soy José Fernández Tello, destinado el 1 de marzo de 2020 al faro de la Isla Arce, 45° 00' 11" S - 65° 30' 39" O. El faro y los sistemas de comunicación no funcionan. Necesito asistencia urgente. Hoy, 15 de mayo de 2020, hace 20 días que no tengo contacto con nadie”

Se sintió un poco tonto al arrojar la botella al mar. En quince días, el 1 de junio, se cumplirían los tres meses y vendrían a buscarlo. Pero ahora esos quince días le parecían una eternidad para su mente.

Todos los días realizaba la rutina de llamar por radio en todas las frecuencias, hasta que la batería se agotó. Trasteaba con el sistema de los paneles y con el generador, sin avances.

Por el momento, la sola idea de acercarse al mar lo repelía; hasta su olor lo descomponía.

Su mente estaba sumida en una especie de niebla, llena de pensamientos deshilvanados y confusos, con una angustia que no lo abandonaba.

Pasaron los quince días. Esperó con la mochila en la cala. Cuando cayó la noche, lloró en la costa.

Colocó piedras en la playa, aflojó los paneles solares para que funcionaran como espejos por si algún barco o avión pasaba. Aunque tampoco había sol. Todos los días habían estado nublados, todas las noches tormentosas. Al menos, la temperatura era constante; no parecía invierno.

El 15 de junio de 2020 tiró la segunda botella al mar. Y el 15 de julio de 2020, la tercera. Ese mismo día decidió explorar la parte de la isla que no había recorrido, para dejar señales allí también. El cambio de rutina le sentó bien; la desesperación lo abandonó un poco.

Caminó desde temprano a buen paso. Incluso sintió que entraba en calor, algo que no le pasaba desde aquel día...

Alrededor de las tres de la tarde, en un sector de la playa lleno de ostras, basura arrastrada por la marea y algas, encontró una botella que reconoció de inmediato: era la primera que había enviado.

Siguió caminando y revisando la costa. A unos cuantos metros vio otra botella y más allá, otra más. Esta última no le resultó familiar, pero pronto notó lo más extraño: en esa playa, entre las piedras, había muchas botellas, todas arrastradas por la corriente hasta ese sector de la isla. Y en todas se advertían notas en su interior.

¿Quién arrojaba botellas al mar en esta época?

Invadido por un terror profundo, rompió contra una piedra una de las botellas selladas. Con las manos temblorosas, sacó la bolsa ziploc que contenía, desplegó el papel y leyó su propia letra:

“S.O.S. Soy José Fernández Tello, destinado el 1 de marzo de 2020 al faro de la Isla Arce, 45° 00' 11" S - 65° 30' 39" O. El faro y los sistemas de comunicación no funcionan. Necesito asistencia urgente. Hoy, 15 de mayo de 2024, hace cuatro años y 20 días que no tengo contacto con nadie”.

DESTELLOS DE LUZ QUE ILUMINAN SU DESTINO

| Por Claudia Deyanira Aguane Tapia |

El navegante errante se queda cautivado con la inmensidad del mar, emprende su viaje aferrado a la fe de encontrar un lugar. El mar se agita, no parece estar en calma; sus aguas son azul cristalinas, como los espejos de su alma. Mira al firmamento y es escoltado por el revolotear de las gaviotas. Sigue su impulso, no piensa en las derrotas, anda en su embarcación en busca de orientación. Lleva prisa por labrarse un camino. Solo le sirve de guía ver a lo lejos los destellos de luz del faro que le indican que ha llegado a su destino.

EL MAR Y LOS SUEÑOS

| Por Fernando Francisco Medeot |

El entusiasmo les golpeaba el corazón como un martillo neumático. Desde la ventanilla, alcanzaban a ver algunas palmeras y fugaces atisbos de algo azul que se movía. “Ya estamos llegando”, avisó el conductor, en un intento por frenar la ansiedad desbordada.

Cuando el vehículo detuvo su marcha, Julia y Ricardo saltaron hacia delante, avanzando velozmente para descubrir aquello que tantas veces habían escuchado: el mar.

Atravesaron los médanos con la misma excitación de dos niños corriendo tras su mascota y ascendieron la colina que los separaba del paraíso, sin hacer escalas. Parados en la cima, no podían dar crédito a lo que veían: un espejo de agua infinito les golpeaba los ojos, deslumbrándolos con las siete tonalidades del azul más puro, como si fuese una pintura en movimiento cuyo vaivén superaba la fantasía de un lienzo coloreado.

La línea del horizonte les pareció curvada. Nunca antes la habían visto así y hubiesen deseado tener más ojos para abarcar tanta inmensidad, tanta belleza, tanta aventura por descubrir.

Se acercaron temerosos, besando con los pies la arena cálida que les daba la bienvenida. Ella con su vestidito blanco, él con su bermuda de vaquero. Llegaron de la mano hasta el borde húmedo, donde la última ola acababa de regalarles la primera caricia.

Quisieron tocar el agua, pero se les escurrió de las manos dejando un pequeño manto de espuma. Las líneas blancas que delineaba el oleaje jugaban con sus emociones, en un ida y vuelta mágico escapado de largos sueños.

Se agacharon para palpar la arena. Los minúsculos granos parecían el talco que alguien ponía de noche en sus zapatillas, aunque la consistencia los invitaba a articular montañas o figuras de ficción.

Felices como nunca, chapotearon en la orilla, corrieron bordeando el agua y se mojaron la ropa. Qué importaba si los retaban después. Se sentaron para armar, sin juguetes, un castillo de arena que no terminaba de erguirse, porque siempre se los robaba el mar.

Desde arriba, el sol les pasaba la mano por la nuca, los besuqueaba con sus delicados rayos y les compartía un gesto de regocijo, mientras las alas abiertas de una gaviota cortaban el celeste del cielo, dibujando un tajo en la quietud del mediodía.

Percibieron el sonido que traía cada movimiento acompasado del océano, esa misteriosa música que evoca la libertad del espíritu, imaginando que veleros y pequeños barcos viajaban mar adentro, desafiando mareas y tempestades.

Dejaron que sus pulmones fueran invadidos por la pureza de las corrientes de aire, con su olor inconfundible a naturaleza y peces vivos. El viento les silbaba canciones al oído y les agitaba el pelo como una batidora de dos tiempos.

Y por si faltara algo, giraron la cabeza y vieron, erguido y majestuoso, el faro costero montado sobre una conformación rocosa corroída por el paso del tiempo.

Cuántas veces sus luces habrían guiado a navegantes en sus travesías, agitando sus sentidos ante el peligro.

No podían sentirse más dichosos. Por fin, se animaron a meterse al agua, desafiando la prepotencia de las olas que les ponía límites a sus ansias. Se revolcaron sin culpas, sintieron el persistente gusto de la sal en sus bocas y rodaron por la arena tantas veces como tuvieron ganas.

En un momento, escucharon que alguien los llamaba desde la orilla, al tiempo que sonaba la bocina de la combi que los había transportado.

Por hoy, solo por hoy, la aventura terminaba, pero juraron volver.

A los 78 y 81 años, Julia y Ricardo habían visto el mar por primera vez. La emoción les bañó el alma y lloraron de felicidad. Porque aunque sepas que el tiempo para entregar el equipo sea cada vez más corto, nunca es tarde para concretar un sueño.

EL FARO DE LA SOLEDAD

| Por Alejandro Rizzo |

En una costa remota, donde el viento y el mar se abrazaban, un faro antiguo y robusto se alzaba como el solitario testigo de interminables días y noches de calma y tempestad. Saverio, el anciano guardián de la luz, albergaba en sus entrañas las historias y recuerdos de aquellos que se atrevieron a desafiar la soledad.

Saverio, un hombre de rostro curtido por el sol y mirada distante, narraba al viento historias de su turbulento pasado. Allí, entre los muros del faro, había encontrado el refugio a sus propios demonios. Había elegido la soledad.

Día tras día, encendía la luz que guiaba a los barcos por las noches, mientras su mente vagaba por los recovecos de su memoria, el mar le susurraba secretos en la penumbra, las olas resonaban con la cadencia de amores perdidos y promesas olvidadas, mientras la bruma salina le acariciaba la piel.

En las noches de luna llena, se sentaba en la orilla y escuchaba los murmullos del mar que parecían secretos, dejando que la sal y las lágrimas se confundieran en su rostro. Recordaba a Clara, la mujer que una vez fue su faro y cuya ausencia se sentía más fuerte con cada ola que rompía contra las rocas.

La soledad era un eco constante en el alma del viejo. Cada roca, cada escalón, cada rincón de ese cíclope de piedra estaba impregnado de añoranza.

En las noches más oscuras, cuando la tormenta rugía y el mar parecía querer devorar la tierra, sentía más cercanos esos recuerdos, como si el mar le devolviera a Clara por un instante.

Los días pasaban lentos, casi detenidos en el tiempo. Las horas se deslizaban como arena entre los dedos. La soledad, su vieja compañera, nunca lo abandonaba. A veces, el viento le regalaba la risa de Clara, o al menos eso creía escuchar en su mente fatigada.

Una noche, en medio de una tormenta furiosa, Saverio ascendió a la cima del faro con una determinación inquebrantable, dispuesto a enfrentar la oscuridad que había evitado durante tantos años. La luz de aquel gran ojo brillaba con intensidad, cortando la negrura del mar embravecido. Se dejó envolver por la lluvia y el viento, permitiendo que el mar le hablara una vez más.

En ese instante, supo que estar solo había sido su elección. Saverio escogió el faro como refugio y allí encontró la paz. Aunque la añoranza y los recuerdos ya no pesaban como antes... eran parte de él, pero no lo definían.

El faro dejó de ser un simple edificio para convertirse en un símbolo de resistencia y esperanza. El anciano farero, con el corazón más ligero, entendió que la soledad no era su enemiga sino su maestra. Aprendió al fin a descifrar los enigmas que el mar le cantaba al oído.

En la penumbra de la noche, sintió una mano tibia sobre su hombro. Giró lentamente, esperando encontrar la sombra de sus recuerdos pero allí, en la cima del faro, bajo la tormenta y la luz titilante, no había nadie... solo el murmullo del mar, ese confidente que lo acompañaba en su vigilia.

Al amanecer, los pescadores encontraron el faro encendido, su luz brillando con una intensidad renovada. No había rastro de Saverio, salvo un cuaderno dejado sobre la mesa, repleto de palabras en una lengua extraña que solo el mar parecía comprender. Así, el faro y el mar sellaron su amistad, mientras la figura de Saverio se desvanecía en la inmensidad del océano y su espíritu libre se convirtió en leyenda.

FARO DE LUZ Y SABIDURÍA

| Por Ivón Cristina Encinas Hernández |

El más grande guía al puerto de la sabiduría,
torre inalcanzable para los espíritus mediocres.
Las fuertes olas del Mediterráneo te purificarían,
y al caer, el fondo del mar, orgulloso, te sostendría,
sin ser un lecho de muerte ni arrecife lúgubre,
ya que tu historia y tu memoria siguen vivas.

Sus aguas acarician armoniosamente tus vestigios,
únicos testigos del derrumbamiento de tus muros,
fuertes paredes de roca que jamás se olvidarían,
porque no se puede navegar sin dirección ni guía,
ni hay esperanza latente alguna entre las sombras
sin un halo de luz brillante como el de Alejandría.

Egipto guarda tu memoria en su larga historia
como un fascinante tesoro que aún nos ilumina,
maravilla magnánima invaluable en el pasado,
cuya sola base como árbol por la barbarie talado
me hizo sentir que tus raíces seguían vivas,
que seguías ahí, como eje de culturas unidas.

¡Alejandría!, imán de secretos y sabiduría,
centro pretérito y moderno de conocimiento,
y la mayor Biblioteca que el mundo conocería.
Tu faro salvó marinos y pescadores sin distinción,
y a ninguna embarcación dejaría a la deriva;
luz que nunca se disipó ni se apagará algún día.

Tu espectral silueta coronada por su propio brillo,
permanece latente alumbrando nuestra vida.
Míticas islas bordean tus vestigios sumergidos,
y grandiosas leyendas narran del mar sus peligros.
Hoguera nocturna de navegantes ultramarinos,
faraón de luz respetado por todos los navíos.

Pisar el litoral donde fuiste antiguamente levantado
respondió a una gran invocación de mi corazón,
ya que solo había imaginado encontrarte al morir
tomando tu luz como una señal por donde seguir,
pero de pronto estaba ahí, junto a ti, mirando el mar,
sintiendo incluso que mi alma se empezaba a liberar.

ATARDECER EN EL MAR

| Por Daniel Yi |

Eres como el sol al atardecer.

Te vine a contemplar,
pero mientras más bello se ve,
más lejos está.

La majestuosidad del mar luce increíble:
tantos colores, tanta belleza, tanta nostalgia.

En contraste, soy un ser invisible
y tú, la divinidad tan lejana.

Las olas golpean en las rocas con mis pies desnudos,
y el frío cala en todos mis huesos.

Canto tu nombre como las gaviotas al viento,
pero, por más que busco, no te encuentro.

En la penumbra, zarparé con la última barca:
sin faro, sin remos y sin vela.

Tal vez de mí te acuerdes, tal vez me des una ojeada,
o solo iré a la deriva, a la espera de tu llamada.

FARO NÓRDICO

| Por Susana Cavallero |

Enhiesto, da cara a la tormenta. Aferrado al último peñasco, soporta las líquidas embestidas. Olas como montañas golpean las costillas rojiblancas del faro, se repliegan engañosas y vuelven a castigarlo.

El faro ha seguido al hombre hasta el filo mismo de la tierra, donde el mundo se termina y su dominio tambalea. Y ahí ha anclado, vigilante, en el nido mismo de las furias. Sabe de océanos insensibles. Sabe que no perdonan. Sabe que la audacia de siglos ha puesto a los hombres a danzar sobre las crestas. Y también sabe que están en desventaja. Su ojo luminoso lo ha visto demasiadas veces.

El mar se revela verde y blancuzco, cuajado de hielos; o gris como plomo fundido, o de un azul amistoso coronado de espuma, y por las noches se vuelve negro como la tinta. Desde todas sus caras acecha el abismo.

El viento de las costas azota advertencias. Cuando nubarrones oscuros se arremolinan anunciando la tempestad, el faro permanece ahí. Si las aguas se encrespan por la borrasca, no retrocede ni un paso. En las noches más oscuras, destellos zigzagueantes anuncian la inminencia del vendaval y el faro se aferra al confín de la tierra, esperando.

Desde que los hombres entusiastas treparon a sus barcos, el poderío del “hacedor de viudas” es insoslayable.

Los ojos de los que quedan en tierra tratan de retener la imagen del barco que sube y baja, a fuerza de músculo, madera y soplo de viento, hasta que una ola los arrastra más allá de donde es posible verlos, y dando media vuelta, reúnen a los niños y suben el fiordo.

La costa queda desierta, salvo por el faro que, como un cíclope benigno, parpadea gritos de advertencia de que negras mandíbulas de roca sumergida esperan, para destripar de una dentellada, el vientre frágil de los barcos.

A LA DERIVA

| Por Rodrigo Sánchez Ruiz |

Los días son años,
desearía haber muerto durante el naufragio...
el precio de hacer turismo resultó bastante caro.
... El capitán me dejó a la deriva en esta balsa y decidió hundirse junto
a su barco.

Aquella mañana me perdí entre los colores de los corales y de los peces,
me sentí maravillado, pero ahora en esta oscuridad ni siquiera puedo
verme...
el mar me está mostrando su lado más despiadado
... Me aterra más la soledad de lo que me aterro la tormenta durante el
naufragio.

Cuando el mar está calmo, la pequeña brisa parece consolarme con
caricias,
y ya me acostumbré a estas noches sin luna y sin estrellas...
lo único que me preocupa es la idea de encontrarme en un laberinto,
todo el tiempo, todo es lo mismo...

Estoy dándome un último gusto, fumando este habano
mientras escribo este mensaje, me siento bendecido por la luz de aquel
faro,

apenas tengo fuerzas y no sé si vaya a lograrlo, pero ahora me siento acompañado,
tal vez sea el delirio, pero juro que puedo escuchar que me llama el faro.

El faro ilumina mi esperanza,
y lo que queda de mi encendedor ilumina estas palabras.
Querido lector, en esta botella dejo mi mensaje:
nunca subestimes al mar, es demasiado salvaje.

COCUYITO, EL FARO Y EL MAR

| Por XAV Delpino V |

Hace muchos años, en una pequeña isla, una tenue luz iluminaba la oscuridad. Era un viejo faro que había quedado en abandono, pero fiel a su trabajo cada noche encendía su luz para guiar a los marineros y cada mañana la apagaba quedando realmente triste. En las noches, bajo la claridad de su luz, se veían a lo lejos las grandes olas del mar que iban achicándose a medida que se acercaban a la superficie de la isla.

Era siempre un paisaje muy aburrido: todos los días el faro al apagar sus luces se quedaba con su tristeza contemplando las olas del mar y así esperaba que llegara la noche para encender su luz. El viejo faro se sentía muy triste porque con las nuevas tecnologías casi ni lo miraban los marineros. El pobre faro cada vez estaba más débil: los minutos se le hacían horas, las horas se le hacían días y los días se le hacían semanas y su luz, con el paso del tiempo, se iba haciendo más tenue.

Una noche, cuando el faro estaba más aburrido que nunca, vio una pequeñísima lucecilla revoloteando a su alrededor, era una luciérnaga que se había acercado a la isla. El faro la miró sorprendido:

–¡Oye! ¡Shu! –gritó el faro sacudiendo sus pequeños brazos.

–¡No me digas shu! –dijo la luciérnaga con una voz muy aguda.

–¿Cómo es que una pequeña luz anda saltando por ahí en medio de la noche? –preguntó el faro muy confundido.

–Fácil, porque yo soy una luz como tal ¡Soy una luciérnaga!

–¿Una lu... qué? –preguntó el faro sin entender nada.

—¡Una luciérnaga! No sé si sea magia o un don especial, pero yo puedo generar mi propia luz.

Siguió la conversación entre la luciérnaga y el faro, poco a poco se iban haciendo amigos. Una noche llegó la luciérnaga muy feliz pero el faro lloraba silenciosamente, a la pequeña luciérnaga se le quitó de inmediato la felicidad y con su voz aguda de siempre pero algo entrecortada le preguntó:

—¿Qué te pasa amigo?

—Estoy llorando porque sé que estos serán mis últimos días... estoy muy débil, mi luz cada vez es más tenue, ya no sé que hacer.

—Bueno, amigo yo creo que... dijo la pequeña luciérnaga, pero alguien la interrumpió en ese momento. Asombrada miró hacia el océano y atentamente escuchó decir:

—Mi querido y viejo amigo faro, te he estado observando desde muy lejos. Tu tristeza me ha puesto triste a mí también —dijo con calma una voz desconocida.

—¿Qué fue eso? ¿Quién dijo eso? —dijo la luciérnaga.

—Creo que entiendo: el mar... ¿cierto? —dijo el faro.

—Sí, mi querido amigo, soy yo... el mar. Verás, cuando tienes mucha fuerza y tu lumbre ilumina con intensidad, yo me acerco a ti con confianza y eso a la vez te da más fuerza para seguir adelante. Pero últimamente te he visto débil y me he vuelto temeroso, no quiero presenciar tu final así que me acerco a ti más lento y lleno de melancolía.

Al escuchar estas palabras, la luciérnaga se dio cuenta de que la fuerza de uno era importante para el otro. Así que les dijo:

—Ya entiendo todo, es lo que los humanos llaman energía hidroeléctrica. La fuerza del agua es lo que genera la luz del faro.

Llena de esperanza, le dijo al mar:

—¡Acércate al faro con confianza! ¿Tienes miedo a que le pase algo al faro? Pues eso no va a pasar, ¡vamos! Ven con fuerza hasta la isla.

—Tal vez tengas razón cocuyito —dijo el mar.

—¿Cocuyito? —preguntó la luciérnaga algo confundida.

—Sí, es que soy venezolano y así llamamos en Venezuela a las luciérnagas —dijo el mar sin darle mucha importancia y con una risa tímida.

Después de esas palabras, el océano se aclaró la garganta y estiró sus brazos generando dos grandes olas. En ellas se acercaron a la isla sirenas, peces de colores, caballitos de mar, delfines, tiburones y ballenas; parecía una colorida danza tradicional. Esa danza emocionó tanto al faro que recobró sus fuerzas y se sintió mucho más fuerte que antes. Esa noche su luz brilló más intensa que nunca. Al ver a su amigo de nuevo brillar, el mar comentó:

—Mi querido y viejo amigo, tu luz esta noche brilla con tanta fuerza que creo que nunca más se apagará.

Y el faro en seguida respondió:

—Creo que esa tal energía hidroeléctrica no es más que la fuerza de nuestra amistad.

La luciérnaga sonrió llena de alegría.

Y desde esa noche, el mar y el cocuyito vistan la isla para conversar con el viejo faro e hicieron que la época más triste y gris de su vida quedara en el pasado y diera paso a una época colorida y feliz.

FARO DE MAR

| María Florencia Valdemoros |

Una luz en la penumbra
Un reflejo sobre el agua
Un camino que se alumbra
Es tu misión en la distancia.

Faro erguido y misterioso
Miras de frente al horizonte
Guardas tus historias, cauteloso
De preservar la memoria en el presente.

Eres señal de marineros
Refugio en el vuelo de gaviotas
Único en el paisaje, pionero
En las noches de la costa.

Faro que emerges solitario
Compañero de todos, paradoja.
Guía de barcos, solidario
Con la vida que a veces, nos provoca.

Brillas valiente en la tormenta
Las olas golpean tu postura,
Giras, iluminas, pones en alerta
A corazones que esperan una ayuda.

Faro que amas la paciencia
De la luna corriendo tras del sol
Del mar en calma e inconsciencia
De la niebla espesa en su dolor.

Escondes en tus días la dureza
De la roca, el frío y el mar
Y regalas por las noches la tibieza
De tu mirada, luz de paz.

CILINDRO SIN FIN

| Carlos Segovia Monti |

Me siento atrapado en el cilindro acuoso con signos de perplejidad. Donde puedo alzar la cabeza, a tres dedos por encima de la frente; me ahogo con mi mismo aire, como si algo o alguien no me dejara respirar. Hiberno en un pasadizo salino, lúgubre, solo, alterado por el rugir de las olas y el flagelo del viento, que, a sabiendas, sus cortinas de papel aletean en mi cabeza y destruyen sistemáticamente los pocos rasgos de sensatez. Deambulo por la escalera caracol, me lleva lejos de mí, en el enhiesto, infame, propulsor de locuras y vejámenes. Estoy acosado por once mil vírgenes que acechan desde la profundidad de mi ser, hundiendo mis pies en un resquebrajado suelo poroso, inefable, que malhumora parte de mi día.

La claridad aparece ruinosa por la única ventana que no me fue vedada, y una sola vez, en tres años, vi una gaviota. Ahora mato las horas con una pila de libros que se desgranán bajo el sol de otoño. La cábala me confina en el camino de los tres moros que serpentean y abducen el sendero que mis pasos perdidos no confieren ritmo. Un descabalado volumen me confiere un atisbo de sabiduría, y comienzo a viajar por tierras helénicas, pensando uno más entre los papiros babilónicos y el encendido capítulo once de la Enciclopedia Británica.

La mar me envuelve con su bruma. Un volver al útero materno. Mi respiración ruge la apatía de la simple soledad.

Confinado a la bienaventuranza de los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos: escuché esas palabras de la boca de mi madre. Ahora raspo la enlutada y oxidada cilíndrica pared, registrando rayas que asemejan: días, meses y años... Subí más de cuarenta escalones y sigo marcando mi desidia en un confín-purgatorio-cielo-e-infierno. La compañía de las letras me lleva a la caverna, allá lejos, en el tiempo de los sin tiempo. Con la única compañía de la cruz del sur.

CANTAR DEL ACANTILADO

| Por Gustavo Gorriaran |

Azota las tierras altas,
un viento de agua y salitre,
con aroma de algas y yodo,
un mismo cantar repite.

Las olas, que son espuma,
rompen sobre mi alma,
y ruedan las caracolas,
los sargazos, la resaca.

Es tan gris este paisaje,
mi piel tiritita conmigo,
las nubes manchan el sol,
escondiéndome el abrigo.

Las rocas no son consuelo,
tampoco me dan amparo,
soy barco en un remolino,
mente y alma buscan faro.

EL FARO DE PUNTA BRAVA

| Por Mario Valerga |

Antonella caminaba sin rumbo fijo bajo la lluvia, por la playa de Punta Brava. De tanto en tanto miraba hacia el mar. En más de una ocasión sintió deseos de desnudarse y adentrarse en el mar al estilo de Alfonsina. Sin embargo, siempre surgía un pero, “pero su Mamá”, “pero su Papá”, “pero el resto de su familia”, “pero sus amigos”. ¿Con qué cara los iba a mirar ahora? Antonella lloraba sin consuelo y sin encontrar una salida al laberinto en el que se hallaba perdida. Un trueno y la caída de un rayo sobre el mar la sobresaltaron. Levantó la vista y, no muy lejos de donde se encontraba, divisó al faro de Punta Brava. Podía subir sus veinte metros y sin más, dejarse caer al vacío.

Manuel lloraba sin cesar mientras caminaba por la playa de Punta Brava. Las gotas de lluvia que caían sobre su rostro se fundían con sus lágrimas, que parecían ríos de angustia y tristeza, pero también de odio, humillación y ¿por qué no de venganza? Todos los veranos le pasaba lo mismo. Venía solo, se encontraba con amigos y salían. Se incorporaban otros amigos de sus amigos y empezaban las cargadas. Por la pelada, por la panza, por los anteojos, por sus gustos algo estrambóticos a la hora de combinar los colores de su ropa. Pero en esta ocasión se habían pasado de la raya. Lo habían emboscado entre seis y mientras lo empujaban y le gritaban le bajaron los pantalones.

Cuando Manuel cayó, uno de los torturadores trajo un bidón y dijo de prenderle fuego. Sus presuntos amigos en lugar de defenderlo disfrutaban con la humorada. Como pudo se puso de pie, tomó su mochila y en el momento que empezaba a llover se escapó corriendo hacia la playa. Ninguno de sus agresores, la mayoría pasados de alcohol, se animó a seguirlo y mojarse. Cuando llegó al primer médano se dio vuelta y vio sus zapatillas ardiendo en medio de la calle. En ese momento deseaba ser cinturón negro de karate o boxeador o simplemente saber pelear, pero Manuel era un pacifista. Así que masticando su bronca se dejó mojar con la tormenta en la playa de Punta Brava. Pensó en suicidarse en el mar, pero si era atacado por tiburones, quizás sus restos llegaran a la playa y su madre tendría que reconocer a ese despojo humano como su hijo. Su madre no lo merecía. Necesitaba a su terapeuta, pero su celular no tenía ni señal ni batería. Divisó, no muy lejos de donde se hallaba, al faro de Punta Brava. Veinte metros sobre el nivel del mar y caída sobre rocas iba a ser suficiente para terminar con su recurrente martirio. Y Manuel, se dirigió al faro.

Antonella llegó primero porque en el tramo final apuró el paso. La lluvia arreciaba y le pareció sentir unos pequeños golpes en la cabeza. ¿Granizaba? Antonella atravesó el portón de entrada que se hallaba sin llave y llegó hasta la puerta principal. A la derecha, bajo un precario techo, había un pedestal de mármol con un mosaico sobre el que descansaba el libro de visitas. La lluvia, que por efecto del viento parecía viajar en forma horizontal, había empapado el libro borrando la mayoría de las escrituras.

Antonella tomó el libro en sus brazos y entró en el faro para guarecerse de la lluvia y para proteger los recuerdos de los visitantes.

Manuel, que también iba corriendo, no vio una aguaviva que estaba en la arena. Cuando se percató de su presencia intentó saltarla, pero el impulso no alcanzó y terminó pisando esa masa de gelatina orgánica. La patinada se prolongó unos pocos centímetros y terminó sentado en la playa. La mochila de Manuel estaba abierta y desparramó todo su contenido en el piso. Su boina blanca voló hacia una ola y se la tragó el mar. Manuel se quedó estupefacto. Esa boina se la había regalado su hermano antes de partir a la guerra de Malvinas, de la cual nunca volvió. Manuel se consoló pensando, poéticamente, que la boina había vuelto con su antiguo dueño. Un trueno lo sacó de sus cavilaciones y emprendió la carrera hacia el faro. Llegó a la puerta principal y le extrañó que se encontrara entreabierta. Entró tratando de no hacer ruido y notó huellas húmedas en el suelo que se dirigían a la escalinata. Su respiración se aceleró, su corazón se descontroló y un nudo en la garganta, cada vez más apretado, presagiaba una muerte inmediata. Le urgía comunicarse ya con su psiquiatra, pero su celular seguía sin señal y ya casi sin batería. “Tenés que respirar hondo por la nariz y exhalar por la boca, concéntrate en tu respiración, cerrá los ojos...” Todas estas indicaciones que estaban grabadas en su mente, se activaron automáticamente y Manuel comenzó de a poco a controlar sus miedos imaginarios, pero no los reales. En el faro estaba acompañado por otra persona.

Antonella había llegado a la cima del faro. A través de sus ventanales apreciaba la intensidad de la tormenta.

Truenos, rayos, viento y lluvia azotaban a la pequeña ciudad costera sin piedad. El viento soplaba con fuerza en la torre del faro emitiendo un sonido chirriante, como una locomotora sin frenos que avanzaba a toda máquina por una solitaria vía. El mar se encrespaba cada vez más, formando gigantescas olas que comenzaban a romper cada vez más cerca de la costa.

Manuel subió las escaleras en silencio. Estaba en penumbras y los tramos se iluminaban esporádicamente con un tinte azulado al estallar los relámpagos. La linterna del faro no estaba encendida por lo que quien estuviera arriba no era el farero.

Seguramente, el responsable del faro se habría quedado atrapado en alguna calle anegada por la tormenta. Cuando por fin llegó a la cima del faro, Manuel se quedó helado. La persona que se encontraba arriba, no era el farero, era la muchacha más bella que nunca hubiera conocido. Antonella, que continuaba ensimismada por el espectáculo de la naturaleza, se sobresaltó cuando vio a una persona a su lado. No era el farero, era un muchacho gordito, con entradas pronunciadas y gruesos anteojos, pero poseedor de una sonrisa encantadora.

Seguramente Cupido estaba cerca porque el flechazo fue instantáneo. Se contaron sus problemas y rieron juntos. La furia de la tormenta en el exterior contrastaba con el ambiente de armonía interno. Ninguno de ellos escuchaba la tormenta, solo tenían oídos para ellos mismos. Sus manos se rozaron y una sensación eléctrica de placer y calidez los atravesó, y justo en ese momento, un apagón oscureció a la ciudad.

Manuel reaccionó más rápido y conectó el grupo electrógeno del faro que encendió la linterna. La luz giratoria daría alivio a algún barco pesquero que se hubiera animado a salir con este aguacero. Las olas siguieron acercándose y comenzaron a romper sobre el cuerpo del faro. Una violenta ráfaga de viento abrió una de las puertas del balcón, haciendo añicos sus cristales. La habitación se llenó de agua helada, viento y pequeños trozos de hielo atmosférico. Intentaron bajar para salir al exterior, pero la planta baja y el primer piso se encontraban inundados.

Antonella intentó cerrar la ventana, pero la fuerza del viento se lo impedía. En esta desigual lucha se cortó un pie con los restos de vidrio que se hallaban desparramados por el piso. Sacó un pañuelo y como pudo se lo vendó apretando firmemente para detener la hemorragia.

Manuel fijó la luz de la linterna sobre la ciudad y en código morse pidió ayuda. Sabía que en el cuartel de bomberos voluntarios estaban atentos a este llamado, cuando el farero tenía algún problema. Un teléfono sonó en la otra punta de la habitación y atendió Antonella. Le avisaron desde el cuartel que estaban cubriendo varias emergencias pero que en veinte minutos llegarían. Manuel levantó la vista hacia el reloj de pared que marcaba las 22 horas. En pocos minutos vendrían por ellos.

Se abrazaron y se besaron casi sin darse cuenta. Manuel estaba plenamente feliz, nunca había experimentado una sensación similar. Por un momento creyó estar viviendo un sueño y disimuladamente se pellizcó el ombligo. El dolor le confirmó su presente y lo disfrutó sin disimulo.

Antonella había cambiado sus lágrimas de angustia por lágrimas de felicidad, aunque en algún momento iba a tener que confesarles a sus padres y a Manuel, que estaba embarazada. Momentos antes de bajar a caminar sin rumbo por la playa su novio, al enterarse de la noticia, le había propuesto que se realizara un aborto y ante su negativa, simplemente la había dejado.

El beso que parecía interminable siguió con algunas caricias sobre la ropa y después comenzaron a desabrocharse sus atuendos. Cuando estaban semidesnudos el faro se movió. No fue un movimiento violento, pero sí lo suficiente como para que dejaran sus juegos eróticos y volvieran al presente. Una ola golpeó violentamente el cuerpo del faro y la espuma alcanzó a las ventanas de la torre. La estructura crujió y se inclinó hacia adelante, directamente hacia el mar. Manuel volvió a mirar el reloj y comprobó horrorizado que seguía marcando las 22 horas. Ya no sabía cuánto hacía que habían llamado a los rescatistas. Corrió hacia la linterna del faro, pero esta se había trabado iluminando solo hacia el océano. Una nueva ola alcanzó al faro de lleno y comenzó a desmoronarse. Iban directo hacia el agua desde una altura de veinte metros. El faro y sus cimientos ya no aguantaban a la furia del mar. Su pintura roja y blanca comenzó a desaparecer como una vieja acuarela expuesta al agua. Dentro de la torre, Antonella y Manuel se sostuvieron como pudieron, pero aun así sufrieron varios golpes. Antonella, que perdió el conocimiento luego de estrellar su cabeza contra la baranda del faro, cayó a las negras aguas del mar. Manuel saltó tras ella y fue engullido por el inclemente oleaje.

Bajo la superficie abrió los ojos y no la distinguió. Se desesperó y comenzó a tragar agua sintiendo el gusto a sal en la boca. Una ola le llenó la nariz de agua y sintió que se ahogaba.

Quiso toser, pero sus pulmones se encharcaron más y otra ola lo arrojó contra las rocas de la costa. Ahora sí, cuando su corazón comenzó a latir con menos fuerza y su respiración se detuvo, supo que el final estaba muy cerca. Dejó de luchar y pensó en Antonella, en lo feliz que había sido en ese efímero momento de amor que se habían brindado. ¿ya habría fallecido? Cerró los ojos y esperó a la muerte pacientemente. Una fuerte mano lo tomó del cuello de la remera y lo arrastró hasta la playa. Había dejado de llover y una enorme luna llena se asomaba entre algunos densos nubarrones. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que cayó al agua. Se incorporó lentamente y descubrió a su lado a Antonella que respiraba en forma lenta y tranquila. ¿Habían llegado los bomberos? No escuchaba sus sirenas y no creía que los hubieran dejado tirados en la playa después de estar casi muertos. Un tenue resplandor le hizo volver la cabeza hacia el mar. Allí, a metros de la rompiente se encontraba una figura que le resultó vagamente familiar. Sus ojos miopes no estaban a la distancia correcta por lo que se paró y se acercó. La figura que vestía uniforme militar, llevaba una boina blanca.

Se miraron en silencio. Mientras a Manuel se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas, la figura se puso firme, lo saludó con la venia militar y desapareció entre la espuma de las olas.

AVE DE FUEGO

| Por Claudia Felippo |

Como un ave de fuego,
se posa y mira, se deja mirar.

Una ilustrada marea de luces
guarda el furioso oleaje bajo sus alas,
guiños de un tiempo voraz,
parpadeante de vientos.

En aguas nocturnas eleva su voz,
igual que sirenas que sangran adioses;
no hay cielo ni sol,
no hay muro ni naufragio
capaz de ignorar su misión.

Erguido y sigiloso vigía, constante y fiel,
quiebra la sombra y la penumbra;
(la bruma no opaca su latido)

Su anclaje de piedra es pie del resplandor,
estoica y firme guía,
brújula de bravías costas, de buques y almas azules.

Donde haya un nido de agua y olas
habrá un ave de fuego,
de trino audaz y fulgurante, sonriendo
bajo un cielo ajeno de egoísmos.

EL FARO DE LAS ALMAS

| Por Francisco Araya Pizarro |

En la costa solitaria, en el Cabo de Hornos, en la esquina más alejada del mundo, lugar imaginado por algunos relatos de Jules Verne, se encuentra una estructura donde confluyen los océanos Atlántico, Pacífico y Antártico. En ese lugar, un faro se erguía como un centinela, vigilando las aguas turbulentas del Mar de Drake, cuyas olas se levantaban a la altura de los grandes rascacielos de las ciudades. Su luz, intermitente pero constante, era una señal de esperanza para los navegantes que se aventuraban en esas peligrosas aguas. El faro había guiado a marineros durante años, evitando innumerables desastres y salvando vidas.

Mara, la joven y bella vigía, era la actual guardiana de este faro y dedicaba su vida a mantener la luz encendida, resistiendo la soledad y el frío de aquellos meridianos. Mara vivía sola en el faro. Había heredado el puesto de su padre. Para Mara, el faro era más que una simple estructura; era un símbolo de su legado familiar y su responsabilidad. Pasaba sus días en compañía de las olas y las tormentas, con solo el sonido del mar y el graznido de las gaviotas para hacerle compañía. A pesar de la soledad, se sentía en paz y en comunión con la naturaleza. Cada noche, sin falta, Mara subía los escalones de madera hasta la cima del faro para encender la luz. Observaba cómo el rayo luminoso atravesaba la oscuridad, señalando el camino seguro para los barcos.

Era un ritual que le daba sentido a su vida y una conexión con su padre.

Una noche, mientras encendía la luz, algo diferente llamó su atención. Una botella de vidrio, arrastrada por las olas, brillaba bajo la luz de la luna llena. Intrigada, fue a la orilla del mar y recogió la botella. Dentro había una carta cuidadosamente enrollada. La abrió y leyó las palabras escritas con una tinta descolorida: "El faro es la llave. Salva nuestras almas."

Mara no entendía qué significaba aquel mensaje, pero sintió un misterioso escalofrío recorriendo su espalda. Decidida a desentrañar el enigma, comenzó a investigar. Revisó antiguos libros y documentos que su padre le había dejado. Uno de los diarios mencionaba leyendas antiguas de la zona, hablando de un portal escondido que conectaba con un reino espiritual. Durante días, Mara siguió las pistas que encontró en unos viejos recortes de periódicos. Finalmente, descubrió una puerta oculta en la base del faro, cubierta por musgo y casi invisible a simple vista. La puerta estaba decorada con grabados antiguos que parecían símbolos mágicos y representaban almas en tránsito. Con manos temblorosas, Mara empujó la puerta y esta se abrió con un crujido.

Dentro, encontró un pasadizo estrecho que descendía hacia las profundidades del lugar. Con una linterna en mano, avanzó con cautela, sintiendo una mezcla de temor y excitación. Al final del túnel, se encontró con una sala amplia y oscura. En el centro, una esfera luminosa flotaba en el aire, irradiando una luz cálida y acogedora. La esfera parecía estar hecha de pura energía. Mara sintió una presencia

tranquila y reconfortante, como si estuviera reunida con gente agradable, pero no lo estaba. Recordó las palabras de la carta: "El faro es la llave. Salva nuestras almas." Comprendió entonces que el faro no solo guiaba a los marineros en el mar, sino también a las almas perdidas que buscaban su camino hacia el más allá.

Durante los siguientes días, Mara aprendió a interactuar con la esfera. Descubrió que podía comunicarse con las almas y ayudarles a encontrar la paz. Algunas almas eran de marineros que habían naufragado cerca del faro; otras, de personas que habían vivido en la costa y no habían encontrado descanso. Con cada alma que ayudaba a cruzar, sentía una profunda satisfacción y una conexión más fuerte con el faro.

Sin embargo, no todas las almas eran pacíficas. Algunas estaban llenas de ira y rencor, atrapadas en un sufrimiento eterno. Una noche, mientras intentaba ayudar a una de estas almas, la esfera comenzó a temblar violentamente. Una sombra oscura emergió de su interior, tomando forma de un espectro amenazante. Mara retrocedió, sintiendo un frío que le calaba los huesos. El espectro lanzó un grito aterrador y se abalanzó contra ella. Desesperada, recordó una frase de los libros y recortes que revisó: "La luz del faro disipa la oscuridad." Corrió hacia la cima del faro y encendió la luz con todas sus fuerzas. El rayo luminoso atravesó la noche y alcanzó al espectro, que gritó de dolor y comenzó a desvanecerse. Mara entendió que la luz del faro no solo era una guía para los vivos, sino también una defensa contra las fuerzas de la oscuridad que acechaban en las sombras.

Decidida a proteger tanto a los vivos como a los muertos, dedicó su vida a mantener la luz encendida y a ayudar a las almas en tránsito tanto en este plano como en el otro.

A medida que pasaban los años, la reputación de Mara como la guardiana del faro y el nexo entre las almas perdidas creció. Los marineros y pescadores de la región hablaban de ella con respeto y gratitud. Algunos incluso traían mensajes para sus seres queridos fallecidos, confiando en que Mara los entregaría a través del portal.

Un invierno particularmente duro, una gran tormenta azotó la costa. Las olas golpeaban con furia y el viento aullaba como un animal salvaje. Mara se enfrentó a la tormenta, manteniendo la luz del faro encendida. Sabía que muchos barcos estarían en peligro y que las almas perdidas aprovecharían el caos para intentar cruzar. Durante la tormenta, una figura se materializó en la sala del portal. Era una joven mujer, con el rostro marcado por la tristeza. Mara se acercó con cautela y le preguntó quién era. La joven explicó que había perdido a su hijo en un naufragio y que había buscado el faro para reunirse con él.

Mara sintió una profunda empatía por la mujer. Le tomó la mano y la llevó hacia la esfera luminosa. Juntas, se concentraron en encontrar el alma del hijo perdido. La esfera brilló intensamente y, después de unos momentos, una figura infantil apareció. La madre y el hijo se abrazaron con lágrimas de alegría.

La tormenta continuaba fuera, pero dentro del faro, la luz de la esfera era un faro de esperanza para los espíritus. Mara observó cómo madre e hijo cruzaban juntos, encontrando la paz que tanto habían buscado. Sintió una oleada de satisfacción y un renovado sentido de propósito.

Cuando la tormenta finalmente amainó, el faro seguía en pie, su luz brillando con fuerza. Mara salió al exterior y observó el horizonte. Sabía que siempre habría almas necesitadas de guía y protección.

LUZ DE ESPERANZA

| Por Laura Sofía Rincón |

En la orilla donde el mar se despliega,
un faro erguido, guardián del destino,
con su luz titilante, firme y sin tregua,
en la noche profunda, un faro divino.

Sus rayos abrazan las olas inquietas,
como brazos de madre, cálidos y fuertes,
guiando a los barcos, a almas secretas,
que buscan en la bruma el amor entre muertes.

El viento lleva historias de antaño,
de naufragios tristes y amores perdidos,
ecos de promesas, de sueños en daño,
pero el faro, firme, desafía los ruidos.

En la tormenta, su luz es refugio,
un faro que brilla con fuerza y ternura,
despertando en el pecho un profundo orgullo
de saber que hay esperanza en la oscura aventura.

Las gaviotas vuelan, trazando su danza,
mientras el mar canta su eterna canción,
y el faro, vigilante, con su luz en alabanza,
se convierte en el faro de cada corazón.

Oh, mar indomable, espejo de anhelos,
en tus profundidades guardas misterios,
pero el faro se alza, rompiendo los cielos,
un faro de vida, en mares etéreos.

Las olas relatan secretos antiguos,
de viajeros valientes y sueños marchitos,
y el faro, centinela de sus caminos,
los guía en la noche hacia destinos benditos.

Así, en la distancia, su luz nos consuela,
como un faro eterno en la noche sin fin,
recordando que siempre, aunque el alma duela,
hay esperanza brillante y un nuevo comenzar.

En cada amanecer, su luz se renueva,
un faro que abraza el horizonte dorado,
y en su luz encontramos la paz que se eleva,
un canto de vida, un abrazo sagrado.

EL FARO

| Por Graciela González |

Sin dudas, estaba perdida. O, al menos, así se sentía. Sin una luz que aclarara su entorno y con esas ganas de emprender el viaje... Se preguntaba la razón de toda aquella oscuridad, sin encontrar una respuesta que no insultara su brillante inteligencia. Fue entonces cuando tomó la decisión de rebuscar, en el caos en el que se sentía inmersa, algún reflejo que pudiera guiarla por una ruta mejor y más feliz. Ya no quería estar en ese lugar.

A veces, los caminos que seguimos están hechos de agua y se nos escurren por los dedos de las manos si intentamos atraparlos; no resistirse es mejor: dejarlos ir y marchar a su paso hasta ver dónde nos llevan. Así lo decidió y puso manos a la obra en medio del desorden de ideas que poblaba su cabeza.

Cientos de preguntas se agolpaban allí, pujando por salir, pero, como si de guiar una barca en mitad del temporal se tratara, logró mantener el equilibrio usando su fuerza y entereza para que no la arrastrara esa poderosa marea. Mirando a su alrededor solo podía encontrar olas de incertidumbre que iban y venían furiosas, descargando sobre ella la espuma de sus miedos, intentando paralizarla y diciéndole que no lo lograría.

Pero es en estos momentos, en los que se pone a prueba nuestra fortaleza, cuando tenemos oportunidad de lograr las cosas con las que venimos soñando. Ella aprovechó su oportunidad y, como si de un

faro anhelado en medio de la inmensidad se tratara, una luz apareció entre las nubes sobre la bruma del horizonte. Había estado siempre allí, pero ella no había podido verlo... ¡Tal vez por esto sentía tanto miedo! Y es que comenzamos a desesperar cuando no vemos qué hay delante nuestro, oculto en la penumbra que nos rodea. Pero, en cuanto aparece la luz, por pequeña y débil que sea, volvemos a respirar y hacemos acopio de las fuerzas que nos quedan después de haber enfrentado el vendaval.

Los faros que nos regala la vida son como aquella llave que encaja en la cerradura y abre la puerta a pesar del óxido que la inunda. Ahora podía emprender el viaje. No importaba el destino, sino solo salir de allí porque, avanzando unos pasos, estaría más cerca de alcanzar aquel faro y refugiarse en él hasta que pasara la tormenta.

Una tarde de fin de semana, revisando sus cosas guardadas en un baúl, encontró unos mapas que le gustaba mirar cuando era niña; se los había dado su padre una noche fría y lluviosa de invierno, en que el viento azotaba las copas de los árboles cercanos a la casa, amenazando con arrancarlos y tirarlos sobre ella. Para sentirse a salvo, hacía falta soñar con los ojos abiertos.

Pasaron aquella noche sentados en el sillón del comedor, con los mapas desplegados sobre una mesa bajita, hablando uno y escuchando la otra. Cuando el viento amainó, ella cerró sus ojos y se durmió sobre el pecho de su padre, escuchando los latidos de su corazón y las palabras que le hablaban de mares lejanos.

Despertó en su cama al día siguiente y se apresuró a ir hasta el comedor en busca de los mapas de la noche anterior. Allí seguían desplegados;

entonces, los guardó cuidadosamente en una caja que atesoraría durante todos los años siguientes, más aún cuando ya no estuviera su padre para nombrar lugares y refugiarla en su pecho.

A sus treinta años, como aferrada a una tabla para seguir a flote, se concentró en estudiar minuciosamente aquellos mapas, siguiendo los contornos de los continentes aprisionados entre los mares y leyendo y releendo los nombres que alguien le había dado a las aguas que bañaban sus costas dibujadas. Y, aunque los mapas solo reflejan en parte la inmensidad que habitamos, imaginó que viajaba a alguno de estos sitios.

¿Cuál elegiría? Tal vez alguno donde hubiera un faro, porque de ese modo se sentiría más cerca de su padre, quien le había contado, de niña, que en ellos se guarda cada mañana la luz de las estrellas muy brillantes para poder alumbrar el mar en las noches más oscuras.

Cerró los ojos y dejó que su dedo recorra el papel rugoso que mostraba el mapa que había desplegado ante sí, hasta sentir que llegaba al lugar al que quería marchar. Cuando los abrió, se sorprendió porque su dedo señalaba un punto en medio del mar del que él le había hablado especialmente en aquellas largas horas compartidas.

Se trataba de una pequeña isla que había sido escenario de una historia de aventuras con un desenlace inesperado, como tantos. Había vivido allí, verdad o ficción, un hombre solitario que rehuía todo contacto humano por alguna razón que solo él conocía.

Llegó a la isla aquella un mes de noviembre excepcionalmente cálido y lluvioso para aquel sitio, y se refugió en una gruta que se le brindó

generosa para protegerse de algún animal salvaje que pudiera andar rondando cuando él no estuviera en guardia. Contaba su padre que este hombre vivía a gusto en aquel lugar, y solo su conciencia le traía, bastante seguido, el recuerdo de aquel hecho que lo había empujado a la isla.

Solo él sabía cuál había sido ese hecho que, con el pasar del tiempo, fue endureciendo cada vez más su carácter, y aquel mar de soledad que lo rodeaba terminó empujando su cuerpo lejos de la orilla cuando, una noche, llegaron hasta la isla, buscando venganza, sus enemigos. Se trenzaron en una descarnada pelea en la que el hombre resultó vencido. El agua lo llevó hasta una playa pequeña de la isla, al borde de un acantilado en el que se distinguía, claramente, la figura firme y sólida de un faro. Había muerto como había vivido, en soledad y hecho uno con la naturaleza que lo rodeaba.

Su padre le dijo que algunos barcos que pasaban por allí en las noches podían distinguir su cuerpo a los pies del faro, a pesar del tiempo transcurrido desde aquella pelea, porque el agua había respetado su manera de permanecer para siempre en aquel lugar.

Con esta historia en su recuerdo, se acurrucó en el sillón que había compartido con él por tantos años y se durmió soñando que la luz del faro alumbraba sus días y sus noches, ahora sin la voz amada hablándole de mares lejanos.

DE TODAS LAS MANERAS

| Por Claudia Tatta |

Cuando te vi por primera vez,
desnudé mi alma,
me senté en tu orilla
y dejé que tu brisa
acariciara mi rostro.

Consentí, sigilosa,
que la quietud de tus aguas
mojara mis pies.

Y fue allí cuando sentí
que de ti me enamoraba.

Que tu inmensidad
me brindaba esa paz
que tanto necesitaba.

Te amo de todas las maneras...
calmo, alborotado,
frío, cálido.

Te amo furioso, castigando
sin piedad las rocas,
como si ellas
te hubiesen hecho daño.

Te amo celeste, azulado

y también azul galápago.
Y al atardecer, cuando el sol baja
y sus rayos te pintan de color perlado,
ahí es cuando más te amo.

Por las noches, con tu faro encendido
reflejándose en el manto,
puedo oírte rugir
como un león enjaulado.
Me estremece el corazón
y me pregunto:
¿Cómo puedo amarte tanto?

Cuántos secretos, cuántos tesoros
esconde tu linfa.
Abrazaste a Alfonsina
y la llevaste a dormir en tu regazo.
En el océano quedaron
cientos de poemas,
como sirenas danzando.
Cuántos amores
en tus costas se encontraron
y cuántas lágrimas
de desamor se unieron a tus aguas.
Serenos, bravíos,
tranquilo, picado.

De todas las maneras,
Mar, yo te amo.

EL FARO DE LA SABIDURÍA

| Por Pedro Emilio Ardila |

En la costa agreste, donde la tierra se encuentra con el vasto e inabarcable mar, se alza un faro solitario, su luz cortando la oscuridad de la noche como una lanza de esperanza en el abismo.

Este faro, más que una torre de piedra, es un símbolo eterno de conocimiento y guía, un baluarte contra la ignorancia que acecha en las profundidades del océano. El farero, un hombre de ojos cansados y corazón lleno de historias, ha dedicado su vida a mantener esa luz encendida. Su hijo, aún joven, ha crecido bajo la sombra protectora del faro, aprendiendo de su padre las enseñanzas que el viento susurra y el mar a menudo esconde. Sin embargo, en su corazón, el hijo comienza a sentir el tirón del mar, una atracción inexplicable hacia lo desconocido, hacia lo que se esconde en las profundidades. La noche se cierne pesada, y mientras la tormenta ruge en la distancia, una lucha interna comienza a gestarse en el joven. En este escenario, donde la tierra firme se enfrenta al mar indómito, el faro se convierte en un campo de batalla, donde dos personificaciones, Sabiduría e Ignorancia se preparan para una contienda por la luz del conocimiento.

El cielo se quiebra en un estruendo, y el mar responde con un rugido que sacude los cimientos del faro. Dentro de la torre, el farero y su hijo luchan por mantener la luz, conscientes de que esa chispa es todo lo que se interpone entre la costa, el caos absoluto y centenares de vidas.

Pero mientras las manos del joven tratan de sostener la maquinaria del faro, su mente es arrastrada por corrientes más oscuras. Desde las profundidades del océano, la Ignorancia se alza como una bestia antigua, susurrando promesas de poder sin conocimiento, de libertad sin responsabilidad. Cada ola que choca con la costa es un golpe en la mente del joven, una invitación a rendirse, a dejarse llevar por las corrientes que lo invitan a abandonar la claridad y sumergirse en la negrura abisal. La Sabiduría, sin embargo, no se deja amedrentar. En cada destello de la luz del faro, se manifiesta como una voz serena y constante, recordándole al joven las enseñanzas de su padre, la importancia de la razón y el propósito. La batalla ha comenzado, y el faro, que debería ser su refugio, se convierte en un campo de contienda donde el destino de su mente está en juego.

En el interior de la mente del joven, la Sabiduría y la Ignorancia toman forma, como entidades que emergen del alma misma. La Sabiduría, personificada como una figura luminosa, está rodeada de estrellas que titilan con verdades universales, su voz es un susurro de viento que acaricia la piel y trae consigo el eco de las palabras del farero. Es la luz que ilumina el camino, que da sentido a las noches más oscuras y que nunca se apaga, aun cuando el mundo parece colapsar. La Ignorancia, en cambio, se presenta como una criatura nacida de las profundidades, envuelta en sombras líquidas y tentáculos que se enredan en la mente, buscando arrastrarla hacia lo desconocido. Promete alivio, la paz de no saber, de no tener que luchar por entender. Las olas del mar se convierten en su ejército, arremetiendo contra las defensas del joven, intentando apagar la luz que lucha por mantenerse viva.

La Sabiduría no cede, recordándole al joven las historias de su padre, la belleza de entender el mundo, de ver más allá de las apariencias. Sin embargo, la tentación de rendirse es grande, y el joven se encuentra atrapado en la tormenta, dividido entre la claridad y la oscuridad.

El mar brama con más furia, y la Ignorancia, con su oscura presencia, parece estar a punto de alcanzar la luz del faro. La criatura marina, símbolo de la confusión y la desesperanza, envuelve al joven en un torbellino de dudas y temores. En ese momento de máxima tensión, el farero, con una mirada que es un ancla en medio de la tormenta, se acerca a su hijo. No necesita palabras; su presencia, su fe inquebrantable en la luz y en el conocimiento, lo dice todo. Con un gesto solemne, el farero toma la mano de su hijo y le transfiere su propia energía vital, un sacrificio que emana amor y sabiduría en su forma más pura. La luz del faro titila por un momento, como si dudara entre la vida y la muerte, pero luego brilla con una intensidad renovada. En la mente del joven, la batalla alcanza su punto culminante. La Sabiduría, reforzada por el sacrificio de su padre, se levanta con un brillo cegador, enfrentándose a la Ignorancia con una determinación feroz. El joven, con lágrimas en los ojos, comprende que debe tomar una decisión: abrazar la claridad y el conocimiento, o dejarse arrastrar por el oscuro mar de la ignorancia.

El joven farero, con el corazón pesado pero lleno de determinación, decide finalmente tomar el relevo de su padre. En su mente, la Sabiduría prevalece, expulsando a la Ignorancia hacia las profundidades, donde solo puede susurrar desde lejos, sin poder alcanzar la luz del faro. La tormenta empieza a amainar, y el mar, como

un animal vencido, se retira lentamente, devolviendo la paz a la costa. La luz del faro, ahora bajo la custodia del joven, brilla con una claridad que parece atravesar el mismo tejido del universo. Aunque el farero ha partido, su esencia vive en la luz que su hijo ha jurado proteger. El joven comprende que la lucha entre la Sabiduría y la Ignorancia es eterna, un ciclo que se repite en cada generación, en cada ser humano. El faro es más que una guía para los barcos; es un símbolo del constante esfuerzo por iluminar el camino en un mundo que siempre intentará sumergirse en la oscuridad. Con esta nueva comprensión, el joven farero acepta su destino, sabiendo que, aunque la batalla es interminable, la luz del conocimiento es la verdadera victoria que da sentido a su existencia y a la de todos aquellos que dependen de ella.

Al final de la tormenta, cuando las olas se retiran y el viento se calma, el joven farero permanece en la cima de la torre, contemplando el horizonte que ahora se extiende sereno frente a él. La luz del faro, que una vez fue frágil y amenazada, ahora brilla con una intensidad renovada, como un faro de esperanza que corta la oscuridad con su resplandor constante. El joven, ahora convertido en el guardián de esa luz, siente en su pecho el peso y el honor de la sabiduría que su padre le ha legado.

Mientras observa la luz proyectarse en la distancia, su mente se llena de una imagen: la diáspora de las semillas de un diente de león, llevadas por el viento a lugares lejanos e inciertos. Cada semilla, aunque pequeña e insignificante en apariencia, contiene dentro de sí el poder de crear nueva vida, de echar raíces en terrenos fértiles y dar origen a nuevas flores que, a su vez, esparcirán más semillas. Así es la luz del

conocimiento, piensa el joven. Al igual que esas semillas, la sabiduría necesita ser liberada, esparcida por el mundo, llevada por los vientos de la curiosidad y el aprendizaje.

Cada rayo de luz que emana del faro es como una de esas semillas, viajando a través de la oscuridad del océano, buscando almas dispuestas a acogerla, a permitir que germine y florezca en la forma de nuevas ideas, de comprensión y de verdad. La luz, al igual que las semillas del diente de león, no pertenece a un solo lugar ni a un solo ser; es un bien que debe ser compartido, una llama que debe ser mantenida y propagada para que la oscuridad nunca tenga la última palabra.

El joven farero comprende entonces que su tarea no es solo proteger la luz, sino también permitir que se disperse, que toque otras vidas, que inspire a otros a mantener viva la llama del conocimiento en sus propios corazones. La sabiduría, como las semillas del diente de león, es un viaje sin fin, una diáspora eterna que atraviesa el tiempo y el espacio, en busca de aquellos que estén dispuestos a recibirla y hacerla crecer. Y con esa comprensión, el joven farero sonríe, sabiendo que la luz, mientras haya alguien dispuesto a protegerla y compartirla, nunca se extinguirá y salvaguardará un sinnúmero de vidas.

EL LOCO DEL FARO

| Por Andrea Sanguinetti |

Era una fiesta cuando cada noche se encendía la luz del faro a lo lejos. Esperábamos ese momento con ansias, hiciera calor o frío, hubiera tormenta o el viento azotara impiadosamente nuestros rostros. En ese momento, mis hermanos y yo aplaudíamos vigorosamente y nos quedábamos afuera de la casa hasta que la luz hubiese dado su giro entero. ¡Qué felicidad saber que una noche más el loco del faro estaba allí, moviendo las manivelas para que el cielo de la noche se encendiera y guiara los barcos que surcaban el mar más abajo! Inútiles eran los gritos desde la casa para que volviéramos adentro. No, había que esperar la vuelta entera para saber que efectivamente el loco estaba allí haciendo su tarea. Más tarde, después de la cena, nos acostábamos y en susurros nos relatábamos historias, imaginando lo que hacía el hombrecito trabajando toda la noche mientras nosotros dormíamos. Inútil era proponernos no dormir y salir de madrugada a esperar la última vuelta antes de que se apagara y no brillara hasta la noche siguiente. El sueño siempre nos vencía.

Y a la mañana siguiente salíamos rumbo al colegio y mirábamos hacia la torre elevada sobre la costa, distante varias cuerdas de nuestra casa, y teníamos la certeza de que el loco dormía, porque debía descansar hasta la noche siguiente, en que volvería a encender la luz y a mover la manivela a un lado y al otro para guiar los barcos que pasaban distantes sobre el mar. Muchas veces nos propusimos llegar hasta la costa, pero

eso estaba estrictamente prohibido, así que nos contentábamos imaginando lo que ocurría allí. Y cuando el anochecer se acercaba, imaginábamos al hombrecito subir los escalones de a uno hasta alcanzar el punto más alto y volver a su rutina nocturna cotidiana.

En la escuela hablábamos entre los compañeros del loco del faro, y así lo llamábamos, porque solo un loco podría vivir tan solo y cumplir a diario con esa rutina, conformándose con hablar solo consigo mismo o con los pájaros. No pasó mucho tiempo y mi familia se vino a vivir a la gran ciudad. Todas nuestras rutinas cambiaron, y solo de tanto en tanto, cuando nos juntábamos con mis hermanos, ya adolescentes, en alguna reunión familiar, recordábamos aquel faro en la lejanía, su luz nocturna y al loco que lo hacía funcionar noche tras noche.

Cada uno de mis hermanos siguió su camino y yo me hice a la mar con la marina mercante. Ahí volví a tomar contacto con los faros de todo el mundo, que nos guiaban en la oscuridad de los mares para seguir nuestro camino y evitar que nos estrelláramos contra la costa. Ahí aprendí a valorar la soledad y el charlar conmigo mismo. Me hice callado, y mirar el horizonte sin ningún pensamiento en particular fue mi rutina aprendida y disfrutada.

Y resulta que hoy yo soy el loco del faro, y no estoy ni tan loco ni tan solo. Con los años volví al sur, a Puerto Pirámides, y me conchabé en su faro. Aprendí a mirar desde la altura, pero también trabé relación con mucha gente del pueblo. Pasa que en el faro funcionaba la estafeta y muchos se acercaban a remitir los envíos, pero se quedaban remoloneando, charlando de cosas importantes o superfluas, mates de por medio. Pero cuando el sol comenzaba a caer, éramos solo yo, el

mar y la luz. El faro ya no se prende manualmente como hace años atrás, pero hay que vigilarlo para que no se apague. Subo los escalones hasta arriba del todo solo cuando hay que hacer alguna reparación, y algunas veces, muy pocas veces, cuando extraño el horizonte, el infinito horizonte, el sonido del mar y la soledad absoluta.

AÑORANZA

| Por Ángeles Greco |

Te miro de lejos y te veo tan solitario,
inerte, frente al mar,
atento a todo, sin perder de vista a nadie,
casi sin pestañear.

Pienso en tu soledad
y en lo triste que te debes sentir.
Por eso imagino
que habrás visto un amor partir.

Sueño que esperas que algún día regrese,
que leve anclas y vuelva hacia ti,
que se arrepienta de haber partido
y haberte dejado sin despedir.

Veo tu luz girando sin cesar,
quizás sean las ansias
de que te encuentre
en la inmensa oscuridad.

Sabes que eres guía,
que eres paz,
pero tú solo iluminas incansablemente
para que ella te pueda encontrar.

La luna,
fiel testigo de tus noches en vela,
acompaña en silencio
la nostalgia que te aqueja.

A medida que me voy acercando,
veo las olas del mar,
como pequeños niños
jugando a tus pies sin cesar.

No te aflijas, querido faro,
que estoy segura que ella
no te ha olvidado.
Pronto volverá, traída por la mar,
envuelta en caracolas y espuma de sal.

Siento tu pena como una triste condena,
te ves tan imponente y majestuoso,
que nadie creería cuánto dolor
te ha causado su lejanía.

No llores, amigo mío,
que ella no te vea así.
Sigue con tu haz de luz brillando,
que de seguro otro amor ha de venir.

EL FARO Y EL VIEJO

| Por Alberto González |

El antiguo faro, pintado de negro y blanco, se alzaba estoico en una saliente de la fría costa patagónica.

Como cada tarde, cuando la penumbra se apoderaba de la costa, el faro se alegraba, pues su tarea comenzaba. Su pequeña luz, visible desde varias millas, era encendida por el viejo Juan, conocido por todos en el pueblo. Ahí, el faro se sentía útil, ayudando a veleros, yates y barcos cargueros a llegar seguros a sus destinos en la oscuridad de la noche.

El viejo Juan era un hombre mayor; nadie en el pueblo sabía su edad exacta. Vivía solo, en una pequeña casa de madera cercana al faro, y solía llevar un sombrero marrón de fieltro, gastado por el paso del tiempo. Se sentía orgulloso de ser el encargado del faro, incluso le hablaba cada tarde cuando volvía a visitarlo, y el faro se alegraba en su ser de piedra. Lo mismo sucedía en la mañana, cuando Juan se acercaba a apagar su luz.

El faro se sentía solo durante el día. Su altura, de 62 metros, lo hacía visible desde el pueblo y la usaba para ver los movimientos de los habitantes; le gustaba ver jugar a los niños y era más feliz cuando una escuela lo visitaba.

Los días pasaron con esta rutina, pasaron meses y el otoño llegaba a su fin cuando un acontecimiento alrededor del viejo faro revolucionó al pueblo.

Como toda mañana, Juan se dirigía al faro a apagar su luz, cuando vio obreros trabajando a unos metros.

—Buen día —saludaron varios de ellos al verlo pasar.

—Buen día —respondió con su voz ronca.

—¿Qué van a construir? —agregó, curioso.

—¿Cómo? ¿No se enteró? —dijo el que parecía ser el jefe de los obreros—. Estamos construyendo el nuevo faro.

Esto último lo dejó atónito. La cara de Juan se entristeció acentuada aún más por su viejo sombrero de fieltro que le proyectaba sombra sobre su rostro. Se despidió de los obreros y se dirigió a su tarea.

—¿Cómo van a hacer un nuevo faro? ¿Cómo van a hacer un nuevo faro? —iba murmurando en voz baja mientras ascendía por las escaleras.

—¿Escuchaste, viejo amigo, lo que van a hacer? —le comentó al faro.

El faro, que había escuchado a los obreros, también se entristeció.

Juan decidió hablar con el intendente del pueblo para saber más. Este le explicó que el nuevo faro sería de lo más moderno: con encendido automático, energía solar y, además, no necesitaría un encargado.

Al escuchar esto, el corazón de Juan latió más fuerte.

—¿Cuándo estará listo? —preguntó con voz apagada.

—En un par de meses, a comienzos del verano —respondió el intendente.

Juan salió cabizbajo del edificio municipal. Miró al viejo faro desde lejos y, al llegar a su casa, esperó las horas que faltaban para encender su luz.

Al anochecer, acompañado de la luna y las estrellas, caminó hasta el faro; y, a medida que subía las escaleras, le contaba acerca de su nuevo compañero, como si este comprendiera, y seguro le entendía cada palabra. No tenía nadie más cercano con quien charlar de este tema más que con su viejo faro.

El frío invierno transcurrió con sus noches largas, y tanto el viejo como el faro seguían con su tarea.

Al comienzo del verano, un anuncio en el pueblo entristeció más el alma del viejo Juan: en un par de días el nuevo faro sería inaugurado. Hasta la llegada de ese día, el viejo pasaba más tiempo en el faro; estar allí lo hacía feliz, era como si se despidiera lentamente de cada rincón. Subía lentamente la escalera de piedra, se detenía un tiempo a mirar por la ventana central, salía al balcón en la noche, como queriendo entrever en la oscuridad del mar el futuro de ambos.

La inauguración del nuevo faro fue un gran evento en el pequeño pueblo junto a la ruta costera: niños con uniforme escolar, maestros, campesinos de la zona... todos estaban allí, todos menos Juan. Esa noche, el viejo faro ya no vio su luz encendida y se sintió inservible, al igual que Juan.

Pasaron unos días y noches de verano, ya más cortas, y el nuevo faro cumplía con su labor.

Un atardecer pasó algo inesperado: se desató una gran tormenta, como hace tanto tiempo no pasaba. Truenos, lluvia, relámpagos y viento fuerte interrumpieron la tranquilidad de aquel pequeño pueblo.

La noche empezaba a entrar cuando un rayo alcanzó al nuevo faro, dejándolo inutilizable. Algo pasó en las conexiones eléctricas. A eso de las 22 horas, el comisario del pueblo llegó corriendo a casa de Juan.

—¡Juan, Juan, hay un velero en el mar y el nuevo faro no funciona! — repetía sin parar.

—Deberíamos encender el viejo faro para poder guiarlos —expresó a continuación.

—Claro que sí, enseguida voy —respondió Juan.

Se preparó con su atuendo habitual, más una capa piloto y su infaltable sombrero de fieltro. Salió rápidamente de su casa y la lluvia no daba tregua. Bum, bum, sonaban los truenos, y el camino era alumbrado por los relámpagos. El chirrido de la vieja puerta de ingreso al faro lo hizo feliz: volvía a cumplir con su antigua tarea. Subió tan rápido como pudo; a pesar de su edad, era bastante ágil. Encendió la luz y salió al balcón sin importarle la tempestad que se desataba. Intentaba divisar al velero en la oscuridad del mar.

Una tregua de la lluvia y un gran relámpago que iluminó el plomizo mar dejó ver la silueta del velero. Juan vio cómo escapaba de las rocas costeras y tomaba rumbo por una ruta segura hacia el puerto. Ahí, en

ese instante, Juan comprendió que su tarea estaba cumplida y regresó a su casa.

—Lo hemos hecho otra vez, viejo amigo —le dijo a su compañero el faro, y cerró la puerta con llave.

Juan no se había dado cuenta, pero esa noche se había mojado mucho en la torrencial lluvia. El agua se había calado en sus ropas por el cuello de su piloto. Su salud empeoró día tras día; había contraído pulmonía, así comentó el doctor del hospital del pueblo. Su cuerpo, débil ya por su avanzada edad, no tenía la fuerza de antes. Luego de unos días, falleció.

El pueblo entero lloró por su pérdida; era conocido por todos. El intendente recordó lo que Juan le había comentado el día que conversaron sobre la construcción del nuevo faro.

—Quiero que el viejo faro sea convertido en museo —le había dicho.

Y así sucedió. El intendente, cumpliendo con el sueño de Juan, hizo que el viejo faro fuera reparado y convertido en museo. Ahora era visitado por muchos niños diariamente, como a Juan y al mismo faro les gustaba que ocurriera.

El nuevo faro cumplía ahora su misión, y el viejo faro la suya.

En estos días, la gente del pueblo comenta que, en noches muy oscuras o de tormenta, aquel viejo faro enciende su luz y una sombra con sombrero se percibe en la penumbra.

GUARDIÁN DEL MAR

| Por Emili del Carmen Puentes Román |

Imponente y sublime,
sobre el inmenso mar...
te eriges, taciturno y
sigiloso guardián...
custodio de amplio soñar.

Caballero audaz,
logras resaltar...
nostálgico y sagaz
sobre el profundo azul
del ancho mar.

Sus aguas tranquilas,
así como el súbito olear...
logras vigilar,
apaciguas las tormentas,
con tu presencia inusual.

Día tras día,
vigilas sin cesar,
desde las alturas,
la profundidad

del imponente mar.

EL FARO EN LA MONTAÑA

| Por Diego Javier Ángel |

Siempre que iba a la universidad, no podía evitar notar una estructura a lo lejos en la montaña. No podría identificar exactamente qué era, pero, viéndola desde lo lejos, nunca pude evitar pensar que era un faro. Su silueta se recortaba contra el cielo, alta y solitaria, como una luz en medio de la oscuridad.

“¿Por qué hay un faro en la montaña?”, le pregunté a mi amiga un día mientras volvíamos a mi casa.

“Para guiar a las almas al mar”, me respondió con una sonrisa que reflejaba la luz del sol.

Cardúmenes de viajeros se reúnen para seguir la luz que los guía, no hacia la costa, no hacia sus vidas, sino al mar. A esa libertad que tanto anhelan. Mi amiga solía hablar del mar con una pasión que contagiaba. Para ella, el mar no era solo agua y sal; era un refugio, un hogar, un lugar donde la libertad y la tranquilidad se entrelazaban. Para ella, el mar era su hogar.

El mar, vasto e infinito, siempre había tenido un poder hipnótico sobre ella. Sus olas susurraban secretos antiguos mientras rompían suavemente contra la orilla, y su brisa salada acariciaba su piel con una frescura revitalizante.

En las noches de luna llena, puedes ver medusas danzando en la oscuridad, sus cuerpos translúcidos iluminados por el brillo plateado del cielo. Juegan con las estrellas que parecen estar pegadas al fondo del

cielo, creando un espectáculo de luces y sombras que hipnotiza. Recuerdo que ella me contaba cuando se sentaba en la playa, observando este ballet submarino, sintiendo que era parte de algo mucho más grande.

El sonido del mar era como una canción eterna, una melodía que nunca terminaba y que siempre estaba presente en el fondo de nuestras mentes. A veces, cuando cerraba los ojos, podía escuchar esa canción y sentir que estaba flotando en sus aguas, libre y sin preocupaciones. Mi amiga también sentía esa conexión profunda; para ella, cada ola era un recordatorio de que la vida estaba en constante movimiento, siempre cambiando, pero siempre hermosa.

Si te fijas bien, podrás ver a un tiburón ballena guiando a los pequeños pececillos a través de las olas y la espuma. Su movimiento lento y majestuoso me recordaba a mi amiga, suave pero firme, siguiendo la corriente de la vida. Cerca de ellos, un tiburón martillo juega con las tortugas, haciéndolo parecer un guardián de otro mundo, uno donde todo era posible.

A lo lejos, se puede divisar al barquero, una figura solitaria, cuidando del mar y sus criaturas. Su presencia me tranquilizaba, como si supiera que, pase lo que pase, siempre habría alguien velando por ese vasto océano y sus secretos.

Pero yo nunca había visto el mar y solo podía verlo a través de los ojos de mi amiga, y aunque podía ver este fantástico mundo que me describía, no podía entenderlo.

Desearía haberla comprendido en ese momento. Desearía haber entendido que sus palabras eran más que simples historias: eran un

reflejo de su alma, un eco de su deseo de libertad. Ahora trato de buscarla entre los peces, imaginándola nadando libremente, en paz.

Y cada vez que miro al faro en la montaña, sé que su luz sigue guiando, no solo a las almas, sino también a mí, recordándome que ella siempre será parte del océano en paz. Me aferro a esa luz, sabiendo que, mientras el faro brille, su espíritu estará siempre cerca, guiándome hacia la misma libertad que ella tanto amaba.

Con cada amanecer, el faro se convierte en un recordatorio de la conexión eterna que compartimos, un faro de esperanza y amor que nunca se apaga. Aunque ya no esté físicamente a mi lado, su espíritu sigue iluminando mi camino, como lo hacía esa estructura en la montaña, misteriosa y reconfortante, siempre presente, siempre guiando.

El mar, con su inmensidad y misterio, seguirá siendo un símbolo de nuestra amistad y del amor que compartimos. Cada ola, cada brisa, cada rayo de sol reflejado en su superficie me hablará de ella, de su espíritu libre y su corazón lleno de sueños. Y mientras exista el mar, sé que ella nunca se irá completamente, porque su esencia vive en cada gota de agua y en cada rayo de luz que brilla sobre el océano.

OLVIDADO

| Por Silvia Moscatel |

En el fin del mundo,
solitario y desgastado,
un gigante atisba el horizonte.
Un viejo faro se alza,
su estructura cansada
bajo el peso de los años.
Ladrillos ennegrecidos
por la sal y el abandono.
En su base, los caracoles
que el mar olvida
se aferran a las grietas.
Las ventanas rotas
reciben la brisa helada,
que, como un amante furtivo,
acaricia telarañas.
El sonido del cristal quebrado,
eco de vidas pasadas
que llenaron el lugar.
Marinos confiados en su luz
esquivaron las garras de la noche.
El musgo cubre los muros,
tejiendo un manto verde.

El piso cruje con las pisadas del olvido.

Las puertas se tambalean,
como ancianos guardianes
que batallaron tormentas,
sin rendirse.

Las paredes, tatuadas
con cicatrices de mil inviernos.

Afuera el mar se agita,
chocando contra las rocas.

Sus olas suspiran la niebla
que envuelve al faro
con un manto de tristeza.

La luz apenas visible
aún gira lentamente,
como un ojo vigilante
que no duerme,
resistiendo al destino.

Pero, ¿qué fuerza mantiene
esa llama? ¿Qué misterio
la alimenta?

Tal vez sean las estrellas
que, en noches despejadas,
susurran al faro
historias de navegantes.

Tal vez sea la esperanza,
esa chispa que persiste

en medio de la desolación.
Será la soledad,
que, en su profundo anhelo
de sentirse acompañada,
se convierte en faro
para las almas errantes.
El faro brilla.
Desafía al olvido.
Señal eterna
en la oscuridad profunda.
Allí permanece,
solitario centinela,
murmurando al viento
su historia de resistencia.

NUEVA MIRADA

| Por Violeta |

Contemplar aquel paisaje marítimo

me transportaba a una niñez

de juegos de verano

con sonidos de caracoles.

Su magia traía a mi mente

jirones de adolescencia

con noches de oscuro desconsuelo

para deshacerlos en la bravura de sus olas.

Recorrer su claridad celeste

me remontaba a tardes calurosas

llenas de aventuras juveniles.

Fijé la vista en la inmensidad,

me dejé llevar por la poderosa luz del faro.

Recibí el fulgor de lo inesperado;

su calma me sirvió para aclarar

la incertidumbre de mis sentimientos

y reunir un sinfín de señales mágicas:

nuevas sensaciones teñidas de oleaje.

QUIERO SER ELLA

| Por Francisco Martínez |

Algunas veces, en anocheceres como este, yo envidio a mi faro y a su luz. Algunas veces, al atardecer, subo a lo más alto, y me asomo al balcón, y pretendo ver las mismas cosas que él ve, y quiero que todos me vean a mí igual que ven su silueta.

Algunas noches me asomo a la ventana que está a mitad de camino entre el suelo y la estrella que es su linterna, y miro la luz que sale de ella, y quisiera llegar donde llega esa luz, y tocar las cosas que ella toca, y que me vean igual que la ven a ella, pero yo no soy el faro, ni me ven, ni veo las cosas que él ve, ni llego cada noche donde llega su luz.

Yo, muchas veces, envidio a mi faro, porque tu mirada llega hasta él cada noche, porque te asomas a tu ventana y lo ves, y yo quisiera sentir igual que él la caricia de tu mirada en mi piel cada noche. Yo envidio a su luz, porque se escapa, y vuela, y llega a tu habitación, y rodea tu cuerpo, y lo cubre y lo baña de besos. Lo abandona un instante y regresa en un ciclo lleno de llegadas, despedidas y llegadas, y cada reencuentro es una pasión desatada, vivida en cada segundo, porque la cita es inmensamente breve, y cada despedida es el comienzo de un corto camino que la lleva otra vez hasta ti.

Ojalá yo fuese esa luz, ojalá fuese al menos la sombra que proyecta, para quedarme un segundo en la habitación contigo, para fundirme a ti cuando la luz se va, para estar pegado a tu espalda cuando miras el faro, para estar unido a tu pecho cuando das la vuelta y regresas a tu cama.

Yo, esta noche, envidio más que nunca a la luz de mi faro.

DE BARCOS Y CAPITANES

| Por Pablo Abrutzky |

El fondo del mar está lleno de barcos. Barcos con cuadernas invencibles, con mástiles de acero y los obenques más resistentes jamás contruidos.

Convertidos en refugios de langostas, abono para nuevos corales. Hogar de peces que huyen de tiburones.

Barcos cuyos cascos fueron bendecidos por el champagne y las miradas satisfechas de sus armadores.

Canoas y botes yacen también entre las piedras, pudriéndose para siempre, olvidados por los mismos vientos que los hundieron.

¿De qué está hecho un barco?

¿Es la madera de los árboles que le dan forma?

¿El bronce de sus clavos?

¿Las manos del carpintero que pone los clavos de bronce?

¿El alma que mueve las manos del carpintero?

¿Los mástiles que aguantan la fuerza de las velas?

Madera y acero, bronce y cabos, espíritus del bosque y almas.

Almas.

Capitán

¿Puede acaso separarse al barco de su capitán?

La mano que lo guía, la que sostiene el timón en la tormenta.

¿Cómo tratar de entender a uno sin el otro?

Los ojos que buscan un paso entre las olas.

¿Cómo hablar de un barco sin hablar de su capitán?

Amalgama de carne y madera, bronce y sangre.

Alquimia de almas y aventuras.

Extraña mezcla de madera y sangre y almas que sueñan.

Y zarpan los barcos y cruzan tormentas y a veces no los salva ni la luz
de un faro y naufragan y se hunden.

¿Cómo hablar de barcos y capitanes sin hablar del canto de las sirenas?

Zarpan de los puertos sin pensar en el naufragio, zarpan para contar de
otra forma las historias, para que la sal se borre de los cansados ojos,
para que incluso los que temen al mar, escuchen al menos una vez, el
mágico canto de una sirena.

EL FARO

| Por Alicia Brescia |

Torre, eterna centinela,
guía del marino,
va dejando una estela,
mostrando el camino.
La luna juega a escondidas; desde la torre, la luz gira.
El reflejo sobre olas enfurecidas
dibuja crestas llenas de ira.
Brisas y vientos surcan mares,
los rostros curtidos de navegantes,
hombres sin historias, que buscan
encontrar lo desconocido antes.
Las embarcaciones van navegando,
entre estrechos, rocas, costas,
esquivas,
y siempre allí, en lo alto, vigilando,
sobre roca elevada, la mirada altiva.
Con buenos vientos, a puertos van llegando...
Con su luz sigilosa, intermitente,
es custodia fiel, que va alertando
de no caer en viajes hacia la muerte.

NUESTRA LUZ

| Por Evelyn Kees |

Cuando las cosas se ponen difíciles,
y llega la tormenta
cuando el mar se pone violento,
y parece que nos vamos a hundir.
Por más que intentemos huir,
o pensemos que estamos perdidos
que ya todo lo está
como si nos encontramos en alta mar,
sin ver más allá.
Hasta que vemos la luz,
como la de un faro.
De esa guía, de unas palabras,
En esa persona que siempre llega
y nos salva.
Aunque a veces nos toque salvarnos a nosotros mismos.
Muchas veces se trata de soltar anclas
y parar.
Otras de seguir la corriente
sabiendo que todo va a pasar.
Todos tenemos un faro en nuestra vida.
O somos faros de alguien más,
en algún otro mar.

Sepamos que siempre todo vuelve a estar bien,
que al final sale el sol,
baja la marea
El mar se apacigua
vuelve la calma.

EL MAR DE LOS OTROS

| Por Jérica Morales |

Se despertó, como cada día, cerca de las seis, antes de que sonara el reloj. Recorrió la pequeña habitación con la mirada, las paredes celestes le confirmaron que estaba donde siempre. Observó el cuadro con el dibujo del faro y no pudo evitar pensar en el pequeño hombrecito atrapado que se imaginaba cuando era niño. Luego recordó que él también vivía en un faro y prefirió dejar de pensar.

Encendió el fuego y puso a calentar agua para el café. Era una mañana fría como todas. A Eric no le gustaba el frío, aunque no supiera lo que era vivir con más de quince grados. Abrió la puerta para buscar el diario y el viento, que hasta ese momento era solo un silbido lejano, se hizo presente con fuerza en la habitación. Cerró rápidamente. Extendió el ejemplar sobre la mesa y las letras en negrita en la esquina inferior derecha lo sacudieron: "Una nueva predicción de Ana, Pág. 6".

Habían pasado dos años desde la última predicción que se había publicado y eso significaba que por fin habría un tema para la charla de todo el mes. Aunque fuera algo trivial, serviría para romper la monotonía y el eterno intento de hablar sobre la nada, de interesarse por resultados deportivos o por la pesca del día, todos temas que lo agobiaban. Solía preguntarse cómo sería eso de vivir en otro lugar, donde el aire gélido no cortajeara la piel y el sol se desplegara en un cielo abierto sin obstáculos. Sobre todo, pensaba cómo sería el mar de los otros, ese que se veía en las fotos de las revistas. Ese de aguas

turquesas y transparentes, con palmeras vistosas que lo rodeaban como haciéndole merecidas reverencias.

Eric solo conocía este mar, este frío, esta vida de pueblo nórdico quieto, alejado de todo. Sus preguntas nunca pasaron de confusas elucubraciones en su cabeza, como el hombrecito del dibujo se sentía atrapado.

Cuando llegó a la página seis, leyó en voz alta la profecía: "La luz del faro por fin se apagará hoy con una muerte segura y el pequeño hombre se liberará cuando los témpanos sean por fin su hogar".

El agua que había puesto a calentar había comenzado a burbujear, pero no podía reaccionar, buscaba algo que entre las letras le ayudara a comprender. Las predicciones de Ana eran solo eso, una frase, nunca había algún texto que aclarara más el tema. Pero todas, de alguna manera, se cumplían.

Primero lo negó, cerró el diario, apagó la hornalla y se olvidó del desayuno. Subió a la sala de control para verificar que todo estuviera en orden, recibió una radiollamada de la zona sur y dijo que todo estaba bajo control sabiendo que era mentira. Quería contarle al operador de turno que se había enterado de que su muerte era inevitable, pero tampoco tenía ganas de entablar una conversación.

Colgó el radiotransmisor y continuó registrando datos. Se dio cuenta de todos sus conocimientos y quiso convencerse de que nadie más podría suplantarlos. ¿De dónde iban a sacar un farero de un día para el otro? "El faro no es para débiles", pensó, recordando una frase que siempre le decía su padre. Tres generaciones de fareros iban a terminar aquel día. Tenía que ir al pueblo y hablar con Ana.

Cerca de la costa se escuchaba el rugir de las olas enfurecidas y el aroma inconfundible de la espuma rebotando contra las piedras llenas de musgo. Sin embargo, el mar permanecía invisible, la bruma espesa envolvía todo el paisaje. Un manto nuboso cubría el suelo y se extendía, difuminando vegetación y agua. Eric sabía que ese era uno de los estados más peligrosos del mar, cuando no se dejaba ver, y el faro podía resultar de vida o muerte para las embarcaciones. Observó la masa espesa que cubría el agua y creyó divisar algún témpano a lo lejos. Pensó en lo ridículo de que un témpano sea un hogar y se enfureció con Ana por la fatídica y encriptada predicción.

En pocos minutos llegó al pueblo y divisó las casitas. Todas iguales. No tuvo que recorrer demasiado para encontrar la primera mirada condescendiente. El cartero lo cruzó y se frenó como para decirle algo, pero no supo cómo, bajó la mirada y siguió su camino. Eric sabía que ya todos habían leído la profecía y que hoy sería el centro de atención. Aceleró el paso y se puso la capucha del abrigo para intentar ocultarse un poco.

Ana era la dueña del bar, sabía que podía encontrarla temprano recibiendo a los proveedores. Vio su pelo rojo moverse entre las botellas, pero no quiso entrar por miedo a que alguien lo reconociera y comenzara a improvisar una despedida. Se dirigió a la parte trasera del local y golpeó la puerta. Después de unos minutos, Ana le abrió, le dijo que pasara y le ofreció café. Eric se quedó mirando la taza sin decir nada, no sabía por dónde empezar, entonces Ana cambió la taza por un vaso de ron.

—Va a ser más fácil —le dijo.

—El de la profecía soy yo, ¿verdad? —le preguntó y la miró a los ojos esperando una respuesta certera.

—Esa respuesta está en tus manos más que en las mías —respondió Ana.

Eric quiso decirle que sus predicciones eran poco profesionales, que no se entendían si no ponía nombre y apellido, pero no se animó a escuchar la respuesta. Solo atinó a otra pregunta:

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Podés hacer lo que quieras, Eric, siempre pudiste —sentenció Ana mientras le servía otro poco de ron.

Bebió ese último trago y se puso el abrigo. Desde la puerta hizo una pregunta más:

—¿Estás segura?

Pero Ana no respondió.

En la entrada del bar algunos de los muchachos lo reconocieron y le gritaron que fuera a tomar un último trago con ellos.

Eric no les respondió y comenzó a correr hacia la costa. El viento era más fuerte, las nubes oscuras se movían con velocidad. La tormenta estaba cerca. Llegó al faro y subió corriendo de dos en dos los escalones en espiral. Creyó que lo mejor era continuar hasta la linterna y corroborar que todo estuviera funcionando bien.

Ciento cincuenta escalones más en los que no pensó, solo se impulsó para seguir, probando el límite de su capacidad física.

Una vez arriba, se dobló sobre sus rodillas para recuperar el aire. Observó el paisaje, la blancura espesa del exterior y las nubes oscuras cada vez más bajas y densas. Encendió la óptica, el haz del faro se extendió iluminando una gran porción de ese mar inabarcable.

Los vientos arremolinaron las nubes y el cielo se iluminó con el destello de un rayo que cayó con fuerza sobre la linterna. De inmediato, la luz se apagó, dejando en la completa oscuridad toda la porción de agua antes visible. Entonces Eric comprendió que ya no había nada por hacer, esa era una señal.

Bajó la escalera tan espiralada como sus pensamientos. Pasó por la sala de control y vio el radiotransmisor titilando. Una vez más pensó en hablar con el operador, en escuchar otra voz, pero como todo últimamente, lo vio inútil.

En la costa, la lluvia hacía más difícil ver algo, pero subió al bote con la seguridad de que ese era su destino.

Se internó en el mar aún invisible.

Cuando entrara en la zona de témpanos, el bote sería atraído como un imán hasta hundirlo inevitablemente.

Desde la oscura soledad del mar apenas se divisaban las luces del pueblo quieto, solitario, lúgubre, con un detalle: la luz del faro ya no iluminaba.

Ahora ese también era su mar.

MI PRECIADO FARO

| Por Juanita Avedaño |

Aquí estoy en mi faro,
escribiendo este poema solo para la persona que amo.
Aquí estoy en mi faro,
pensando en cómo expresar estos sentimientos encontrados.
Aquí estoy en mi faro,
oliendo la brisa húmeda que me recuerda a la marea.
Aquí estoy en mi faro,
viendo cómo los delfines bailan y hacen su espectáculo.
Y aquí estoy en mi faro,
recordando tu belleza y pensando en más halagos.
Y aquí estoy en mi faro,
esperando a que leas el poema de tu preciado amado.

LOS TESTIGOS

| Por Daniela Segura Aedo |

En medio del atardecer naciente, me senté junto a las enormes rocas que faldeaban la costa oeste. Una tierna y contemplativa gaviota me acompañó por minutos mientras observaba el horizonte. La sal impregnada en el aire se fundía con las lágrimas que recorrían mis mejillas.

Me sentía pequeña e ínfima ante el mar; su reflejo me miraba de frente. Aquella tarde lloré tanto que ni me di cuenta de la ausencia del sol y que la marea ya tocaba mis pies. Vacíe mi pena en el océano, lo vi aún más engrandecido.

No tenía cómo calmar mi tormento, ese tan parecido al oleaje sinuoso que azotaba la orilla en un vaivén sin tiempo. Cuando él se fue, me pasmé en la soledad de mis días; este amor perdido me pudrió de golpe y la desolación llegó en su reemplazo. La ausencia se sentía como un puñal en la garganta, un trago difícil y amargo.

¿Cómo podría borrar de mi mente tantos ocasos abrazada a tu pecho? ¿Cómo arrancarme los labios para borrar tu sabor? El amor propio me soltó la mano y me desvanecí como la espuma en la arena, sin percatarme.

Me preocupé de cada detalle esa tarde. Dejé mis cartas sobre la mesa por si alguien quisiera comprender el tamaño de mi angustia. El pesar de mis días quedó repartido como una baraja. Cada cabo suelto quedó muy bien atado. Me despojé de las ropas y, a la vez, de su imagen; de lo

que creía mío. ¿Qué más podría perder? ¿Qué más podría querer? Solo empaqué un corazón hecho trizas y un cúmulo de recuerdos, lo necesario para mi viaje.

Cuando llegó la penumbra, caminé tranquila, en calma y con mucha precaución; el primer intento debía salir a la perfección. Miré a todos lados y vi solo un lucero en el firmamento que destellaba a lo lejos. Toqué mi cuerpo y tenía en el pecho el alma rota. Un salto libre, valiente y certero, sin contratiempos, me arrebató la pena. Un abrazo frío y acogedor me recibió sin cuestionamiento. Crucé a la otra vida; en esta ya no tenía espacio.

No hubo llantos, ni gritos; solo una serenata austera que nadie escuchó. Dos testigos silenciosos: el mar y un gran faro iluminando mi cuerpo suspendido en mi propia paz. Las olas acariciaban mi pelo y le daban el último adiós a una figura vacía e inerte.

UN FARO PARA UN FINAL

| Por Carlos Yoel Pérez |

En las rojas aguas del anochecer,
mi corazón late emocionado,
viendo un carmesí sol perecer,
paraíso de los enamorados.

A toda vela mi oscuro barco,
camino al sangriento horizonte.
Este es mi último desembarco,
mi nave es el bote de Caronte.

En esta terrible noche oscura,
veo un destello que ilumina:
ese, el faro de mi atadura,
mi libertad en el mar culmina.

Mi amor me reclama a la tierra,
mi espíritu se queda en el mar.
Esta es la última de mis guerras,
la batalla que no quiero ganar.

LUZ DE MAR

| Por Darío Lobos |

Me perderé en la madrugada donde el mar despega el alma.
Así, en la niebla del ocaso, y como niebla va mi barca.
Se entrecruza amanecer y estrellas titilantes que se apagan.
Hay naranja allá a lo lejos, y se enciende la mañana.
Donde despierta el sol y la luna se guarece ya cansada,
esa luna que siembra sobre el mar su luz de plata,
que resalta en mis cabellos tiempo y canas.
Las olas se acercan y me cuentan sus secretos.
Hay gaviotas que se posan sobre el mástil, atrevidas.
Una ola se sube a la cubierta y me dice al oído cosas lindas:
“Ya está, marino, has recorrido aguas claras, mansas, cristalinas,
y también nos has visto, que enojadas sacudíamos tu buque a la deriva.
Eso era para saber hasta dónde llegaba esa vocación por la marina.
Vuelve a la costa, ya cumpliste; hay vida después de esta vida.”
Estoy sentado en la popa de mis sueños, concentrado en mi destino.
Una ballena resopla a sotavento haciendo coro a mis suspiros.
Allá a lo lejos veo un faro que hace guiños,
invitándome a la costa después de tanto tiempo transcurrido.
Me miro en el espejo y ya se ven arrugas de aquel niño,
que un día zarpó allá en la aurora buscando su destino.
Ya está, hay tantos mares recorridos, que mejor anclar y disfrutar de lo
vivido.

Camaradas y recuerdos hoy se acercan, están conmigo.

El sol hace un alto en su derrota; es por mí que hizo un alto en el camino.

Me doy cuenta de que hay un puerto que espera ansioso mi llegada.

Me dejo llevar y llevar por la corriente hasta la playa,

dando punto final a una etapa, aunque nunca dejaré de ser marino.

EL FARO

| Por Lorena Piñeiro |

Doce segundos, un mensaje en clave. Luz-oscuridad.

La noche cerrada descansa sobre el mar y un tajo luminoso lo atraviesa una y otra vez, intermitente, incansable, como el rumor de las olas.

El faro guía a los navegantes. Sólo el que se anima a navegar a oscuras puede esperar la luz.

Es de noche, Martín está en cubierta. Piensa en su casa, en sus amigos y en todo lo que extraña a su abuelo, el capitán Almafuerte. Hace un año que su abuelo partió. Si pudiera verlo, con sus propios ojos, navegar a vela. ¡Qué orgulloso estaría!

Ian está en el puesto de mando. El faro quieto de la costa colombiana saluda a los barcos con su haz de luz. Riega su luminosidad circular, velando por un momento la profundidad del océano. Abre la noche y la vuelve a cerrar.

—Me gustaría entrar al faro —piensa Martín en voz alta.

—¿Y por qué no? —dice Ian—. Es tu cumpleaños y no tengo ningún regalo para darte. El viento nos acompaña y mi familia duerme. Nadie notará el retraso.

Tira el ancla. Martín sube al pequeño bote. Irá a remo hasta la costa para no hacer ruido con el motor fuera de borda. Rema hacia el cabo y sujeta la embarcación en el pequeño muelle. Camina entre las rocas,

avanza por un sendero de tierra y llega a la entrada. Golpea una aldaba antigua que cuelga de la puerta. La puerta se abre. El chico saluda, pero nadie responde. Ante sus ojos aparece la escalera circular que asciende por el vientre del faro hasta lo más alto de la torre.

Sube lentamente. Sus pisadas reverberan contra los muros circulares. Por un momento piensa en lo que podría pasar si alguien advierte su presencia.

Ante el último escalón se abre un espacio de barandas y, al fondo, la sala. El muchacho avanza por un pasillo angosto mientras la lámpara del faro destella como un carrusel refulgente. En una de sus vueltas, del otro lado de la sala, le parece ver una silueta. Rodea la gran lámpara y se encuentra con un joven sentado frente a la mesa. Está vestido con antiguas ropas del ejército. Su hombro izquierdo tiene una mancha profunda, como de arma de fuego, y en la cabeza lleva un sucio vendaje.

—Era el verano de 1924 —dice el joven con voz ceremoniosa—. Lo recuerdo perfectamente. Fue cuando comencé a atender el Gijón, en el cabo de la Torre, España.

—Hola, soy Martín, tripulante del “Estrella de la Mar”. Mi barco está a unas millas; sólo entré para ver cómo es el interior de un faro.

—Sé quién eres —respondió el muchacho—. El nieto del capitán Almafuerte. Sabía que vendrías.

Martín se acercó a la mesa. Ahora podía ver con mayor claridad las ropas de aquel soldado. Era el traje de combate y pertenecían al ejército

español. El soldado ocupaba un extremo de la mesa. Hablaba lento, su aliento era frío y parecía escarchar el aire en cada palabra y en cada respiración. Abrió un saco de lona grueso y le entregó a Martín una lata de galletas oxidada. El chico adivinó el gesto y la abrió. Estaba llena de cartas. Reconoció de inmediato en una de ellas la caligrafía de su abuelo. Eran cartas fechadas en el tiempo de la guerra.

¿Cómo era posible que este soldado supiera quién era él y que lo estuviera esperando? —se preguntó.

—Busca la carta de julio del '36, así entenderás por qué sabía que vendrías —le ordenó el soldado.

Estimado José Ramírez:

La batalla ha sido un éxito y todo gracias a usted, que a pesar de las órdenes de sus superiores apagó la lámpara del faro, haciendo que el enemigo perdiera el rumbo y quedara varado en los acantilados.

Su valentía y fidelidad a la patria hicieron que el acorazado a mi mando virara a babor y embistiera al enemigo en una batalla limpia y sencilla.

Mis felicitaciones y admiración sincera.

Estoy en deuda con usted y, como hombre de honor, quedo a su servicio deseoso de estrechar su mano. Y si el destino me sorprendiera con la muerte, alguien en mi nombre le retribuirá con gratitud tanto valor y entrega.

Con respeto y admiración

Capitán Don Mariano Pedro Almafuerte.

—Fue tan sencillo —dijo el soldado—. A esa altura ya habían electrificado la linterna, y por eso fue simple apagarla. Lo complejo fue deshacerme del diésel que alimentaba los grupos de emergencia, para que creyeran que se trataba de un simple accidente... ¿Se imagina la cara del jefe de policía cuando vio que el faro, el orgullo de nuestra aldea, esa linterna de 1000 watts con destelladores y óptica fija, quedaba en la oscuridad más espesa?

Aquella oscuridad le permitió al capitán Almafuerte hacer la maniobra final y vencer al enemigo.

—Hace unos días regresé a mi Colombia natal y me encontré con la sorpresa de que todo fue automatizado. Ahora, si algo falla, un joven regordete lo soluciona con sus aparatos de tecnología. No queda nada más que hacer aquí, y tu llegada, Martín, me dice que es tiempo de partir.

Bajaron lentamente las escalinatas y, al llegar al pie del faro, se sentaron sobre una roca para recuperar el aliento.

—Te pido que al amanecer vayas hasta el pueblo y preguntes por Bernarda, hija de Javier. Cuando la veas, solo dile: "Tú eres el sol".

Martín asintió con la cabeza, aunque no entendía por qué el muchacho le hacía ese encargo si podían ir juntos.

—¡Las cartas! —exclamó el chico—. He olvidado las cartas en el faro. Por favor, espérame aquí que ya regreso. No puede abandonar el faro sin sus cartas.

Dejando al soldado en la base, Martín subió dando grandes trancos. Al descender, ya amanecía límpido sobre el horizonte. Buscó al soldado y no lo encontró. Lo llamó, gritó varias veces su nombre en dirección al mar.

—Seguramente caminó hacia el pueblo —pensó, todavía algo desconcertado.

Llegó a la aldea y, luego de hablar con algunos vecinos, llegó a la casa de Bernarda. Tocó la aldaba, un puño de hierro, como la mano del rey Midas, envejecido por la brisa del mar. Tocó una vez más, algo inquieto. No comprendía cómo el soldado había recorrido esa distancia más rápido que él.

La puerta se abrió y una amable anciana salió a su encuentro.

—Busco a Bernarda —dijo el muchacho.

—Soy yo —respondió ella.

—Tengo un mensaje del soldado José Ramírez para usted —alcanzó a decir el chico, algo confundido.

La mujer cambió el gesto amable del principio por una mueca dura.

—Le pido, joven, que no se burle de una anciana.

El muchacho extendió su mano y le entregó la caja de galletas del soldado herido. Bernarda reconoció aquella lata enseguida.

—El día que José partió a prestar servicio al ejército español, se llevó entre sus cosas esta lata. Yo se la decoré para su cumpleaños y la colmé de galletas de chocolate —decía la anciana mientras llevaba aquellos sobres amarillentos contra su pecho.

—José me pidió que le dejara un mensaje —interrumpió Martín.

—¿Y cuál es el mensaje? —preguntó la mujer, con cierto desdén.

—"Tú eres el sol" —dijo.

(Silencio)

La mujer comenzó a llorar. Lloró sobre sus recuerdos, su infancia y la soledad.

—El día de nuestro compromiso, José embarcó rumbo a España y se alistó en el ejército. Las cartas nos mantenían a flote entre tanto dolor y desconcierto. Un día, de forma inesperada, ese contacto se interrumpió. Seguí escribiendo cartas semanalmente, pero la respuesta no llegó jamás. Recuerdo que en mi última carta puse una foto mía y le pregunté a José qué era yo para él. Se lo preguntaba al viento cada noche desde la playa, para que se lo llevara silbando hacia allí, del otro lado del mar. Y hoy, a más de sesenta años, traes su respuesta.

Martín caminó por la única calle asfaltada del pueblo, hasta la barranca, y entró al cementerio. Buscó la tumba. Allí estaba. Una cruz y una medalla.

Promesas. Juramentos que se atraviesan tiempo y espacio. Palabras que se empeñan con fidelidad y honor. Promesas que se cumplen a pesar del tiempo.

ÍCARO AL MAR

| Por Gastón Sánchez Curbelo |

Vean, vean cómo cae
cómo cae Ícaro al mar.

Ese día desde Creta
él se quiso escapar
y siguiendo el fiero faro
persigue la luz solar.

En su escape apresurado
sus alas fue a derramar
sobre la enorme marea
sobre el violento olear.

Lo derriba el fiero faro
al sus alas calcinar.
Encima de la llanura
de azul crepuscular.

Hoy se llora una tragedia,
hoy él cesa de volar.
Dédalo que se lamenta
su hijo se cae al mar.

La leyenda así lo cuenta
el cielo fue a incursionar
se acercó al fiero faro,
sus alas las fue a quemar.

Vean, vean cómo cae
cómo cae Ícaro al mar
esta fue una gran tragedia
este fue un gran penar.

Desde aquel día le temo
a la fiera luz solar
Cuando en Ícaro yo pienso
escucho el mar clamar.

El gran faro de los cielos
es el que lo fue a matar
la gran tumba azul lo arroja
con su manto al espumar.

Vean, vean cómo cae
cómo cae Ícaro al mar.
Divisando el horizonte
pero no pudo escapar.

LA FARERA DE 1870

| Por Óscar de Alba |

Para la señora Marjory Brown, éste sería uno más de todos sus días, las mismas tareas, las mismas faenas, con un compromiso que había adquirido sin querer.

Hacía veinte años que ella había casado muy joven y vino a vivir en ese sitio tan bello, pero hostil y remoto, con su marido, que era el farero de este lugar. Tuvieron dos hijas, ahora adolescentes, a las que tuvo que criar sola. También por allí cerca había quedado su esposo, que, remando hacia la orilla durante una galerna inclemente, vio cómo el pequeño bote rompió contra las afiladas rocas mientras las furiosas olas lo aporreaban con crueldad, hasta que finalmente él ya no salió.

Ahora ella debía hacer el trabajo de ambos: limpiaba con cuidado el farol y sus enormes lentes, transportaba el combustible subiéndolo desde la bodega hasta el mechero, resanaba y pintaba las grietas en paredes y puertas, engrasaba y ajustaba la maquinaria, pero se aseguraba de encender el faro y apagarlo a sus horas, religiosamente, como tenía que ser.

Luego seguían sus labores domésticas: daba clase a sus hijas (pues tampoco había una escuela cerca), remaba hasta el puerto cada semana para comprar provisiones y traer combustible, y cada mes iba al correo a cobrar el sueldo y el dinero para los gastos de mantenimiento que le enviaba el gobierno local.

En su vida no había distracciones ni paseos, no había teatro, no había cine, amigos tampoco, quizá solo unos cuantos libros viejos que releía para tener qué leer. Poco acudía a la iglesia desde aquel funeral, nunca visitaba a sus familiares ni tampoco ellos venían. En los fines de semana y los días festivos también trabajaba, pues nadie cubría su lugar. Era un trabajo duro, pero no se quejaba: tenía un empleo, respiraba aire limpio, le acompañaban sus hijas preciosas que pronto se irían a otro lugar, y con amor y paciencia honraba el legado y la memoria de su marido. No era la única, sabía que otras viudas hacían lo mismo; no las conocía, pero estaba segura de que cumplían, andando a la brega, y que todos los faros puntualmente encendían.

Los marineros a salvo, las olas porfiaban, ella envejecía. Pero, al igual que cada noche, con tempestad o tormenta, con lluvia o con nieve, el titán de la luz, siempre desafiante, resuelto y gallardo, desplegaba su guía.

MI FARO

| Por Ángeles Greco |

Es el guía de mis días tibios,
el vigía de mis noches oscuras,
es el guardián de mis sueños desnudos,
el sereno de sentimientos profundos.
Es el centinela que protege mis secretos
de astutos ladrones indiscretos.
Es su luz la que acaricia mi alma,
y el mar, su furia calma.
Es la luna su fiel amiga
con la que comparte su solitaria vida;
es su sonar el que calma mis ansias
de la niebla que ciega mi esperanza.
Es su presencia la que marca mi destino,
es su ausencia la que inicia mi camino;
es su fuego el que mis entrañas quema
como un corazón que llora sus penas.
Son las olas las que bailan a sus pies
como niños traviesos sin un porqué.
Nunca pierde su esplendor ni su candor,
aunque tiene un aire de tristeza y de dolor.
Es el ángel guardián
que me protege,

que me guía y me cuida
del mar, del viento y de la vida.

MI FARO DE ALEJANDRÍA

| Por Adriana Lares |

Cual Faro de Alejandría emerges
en puerto solitario y noche ansiosa,
alimentando las llamas de tu hoguera,
los roces de piel y miradas sigilosas.

Gemidos ahogados y esperanzas mustias
se balancean en oleajes hacia mar profundo,
guiando tus ojos con luz brillante,
domando pasión en el índigo iracundo.

La niebla disfraza misterios ocultos,
y como barco sin timón, a la deriva,
en la tormenta de emociones se desarma,
el cuerpo calla lo que el alma grita.

Soy la mar furiosa donde naufraga
este amor, deseo y melancolía,
y tú me sigues maravillando,
cual Faro de Alejandría.

FAROS EN EL MAR

| Por Luis Espinoza |

En la costa, donde el cielo abraza al mar,
se yergue un faro, guardián del despertar,
su luz danza en la noche, un faro de esperanza,
su abrazo ilumina la oscura bruma que avanza.

Bajo el canto de las olas, contaré su historia,
de aquellos que construyeron su memoria,
con manos de trabajadora dedicación,
levantaron la piedra, lanzaron la ilusión.

Su luz gira y gira, como un reloj sin fin,
marcando el rumbo a barcos que flotan en su confín,
sus destellos resuenan en el profundo anhelo,
como un baluarte firme, un antiquísimo duelo.

El viento trae susurros de tiempos pasados,
historias de marineros, sueños olvidados,
de tormentas que rugen y olas que se alzan,
de amores que se hunden, de promesas que alcanzan.

Cuando el ocaso pinta el cielo en tonos dorados,
el faro es un poeta con versos iluminados,
sus rayos son estrofas que hablan de la vida,
de un hogar en el mar, de la dulce despedida.

Los barcos avanzan, como sombras errantes,
buscando el refugio en sus brazos constantes,
las estrellas al principio se asoman cautelosas,
mientras el faro brilla, entre noches tenebrosas.

Oh, faro eterno, guardián de sus quejas,
testigo de secretos y de las viejas reglas,
en tus muros de cal y de sal se ha escrito,
el eco de promesas y el llanto infinito.

Los días se entrelazan, el tiempo es un velo,
y el faro sigue firme, como un antiguo anhelo,
su luz en el horizonte, un faro en la tormenta,
guía a los perdidos, la esperanza alimenta.

Así, en el vaivén de la marea profunda,
el destino y el viaje siempre se confunden,
y el faro seguirá brillando, sin cesar,
en la danza eterna entre el mar y el hogar.

SOTAVENTO

| Por Leonel Labrador Contreras |

Sin bitácora y sin bandera
su ruinoso velero echó a la mar,
sin ayer y sin mañana
no teme naufragar.

Ni la niebla más oscura
asusta a un viejo lobo de mar;
no sueña con puerto seguro
quien a la muerte decide encarar.

Levó ancla para nunca más
volver a arriar.
Cuando la brújula son penas,
ni mil faros te pueden guiar.

EL FARO DE PORLAMAR

| Por Marycruz Larez |

Vigilante y cabizbajo,
entre brumas y aves grises,
siente el faro sus raíces,
que se agrietan a destajo.
Vibra con cada ola fuerte,
que entre las piedras golpea;
siente evadir a la muerte
con cada ave que aletea.
Es el faro guía del pobre,
pescador que viene y va;
en barco de palo y cobre,
no lo deja naufragar.
Es el faro, viejo amigo
de las olas y del mar,
pero se lleva consigo
todas las ganas de amar.

DONDE DUERME TU TUZ

| Por Lucas Ore |

Parado estoy aquí, esperándote...

todo se oscureció,

ya no sé si el mar descansará...

| “Los libros de la buena memoria”, Luis Alberto Spinetta.

¿Quién diría que me matarían unas nubes de mierda que a la tarde parecían pasajeras? Sabía de la sudestada y las alertas, pero la siesta me largó confundido, medio muerto. Ahora con la oscuridad y la lluvia de frente lo único claro para ver son los errores pasados. Cerrar los ojos quizás sea la única manera de poder ver. Poco se puede hacer para no perder la calma, de nada sirve culparse, solo queda seguir, ubicarse y buscar como volver.

Venía retrasado en adelantar el horario de caminata. Ya con poca luz y menos calor, lo acompañaba en ese fin de otoño una angina que alteraba sus urgencias. Se demoró en cerrar la reja esperando que el perro salga, mientras este solo le siguió el caminar apenas levantando el hocico hasta que desapareció del jardín. “Perro de mierda pensaba, después de tantos años... nunca se termina de conocer a alguien al final”.

En la superficie del picado mar subiente, las gotas chapotean arrastrándose por el viento. La lengua se agria de mezclar espuma, lluvia y marea.

El viento en contra me cierra caminos, la tormenta me cierra los ojos, me impide la vista. Algo debe haber adelante porque el viento golpea con menos fuerza. La tierra es más pesada, debo estar cerca de los médanos. El viento sifonea ráfagas. No veo, pero es madera, secas cáscaras de pintura; sí, es la garita de los guardavidas.

¡Qué frío la puta madre! ¿Qué garita será esta? Andá a saber dónde estoy, no caminé tanto, creo. Pero no me puedo quedar acá, la marea va seguir subiendo. Me va a arrastrar con la garita y todo. ¿Qué mierda es esa luz? ¡El faro! El faro, sí.

Se dejaba convencer de sus mañas horarias, de sus pasos, de su trayecto, de soñar con encontrar por fin el rayo verde. Ese amor instantáneo justo cuando se va el sol, ese amor que buscaba cada atardecer. Con algo tenía que reemplazar tanta prohibición. Esos maridajes de tabaco con café y trasnochar con escabiar, sin los que creía, había dejado de vivir. Esa tarde, junto al picado mar, hundió sus pies en la arena con viento noreste cambiando a este. Resignó preocupaciones y avanzó, adelante, donde cada paso sería larga distancia para volver. Algo le llamaba la atención, así son los caminos de búsqueda, siguió.

Cerca de la húmeda orilla repetía un pensamiento mientras el agua comía los pasos: “La marea tapa las huellas donde duerme tu luz”. Las nubes poco a poco cerraron el horizonte, las olas tronaban fuerte rompiente. Giró para ver el camino y la ciudad solo se vio resplandecer entre nubarrones. “Viento del este lluvia como peste”.

Ojos cerrados, respiración profunda, noche cerrada, solo tacto y audición. Un segundo de luz, ocho segundos de oscuridad. La vida se escribe en tiempo siempre presente, andar así los caminos es siempre seguir, aunque sea retroceder el camino es una búsqueda hacia adelante. Voy.

Cuando en su heladera el agua se guardaba en botellas de vodka y no ya en jarras plásticas, distintas personas que lo querían le aconsejaban, decían y repetían, pese a que él, cegado quizás por la falta de ese particular querer que buscaba, sentía que nadie decía porque intuía que nadie lo quería. “Estás viejo para caminar tan tarde”. “Te vas a enfermar”. “Ya llegó el invierno”, “Por más que no quieras reconocer el verano terminó”, “El otoño está de retirada.” Eran algunas de las cosas que solía escuchar en la caminata hasta el mar con el vendedor de carnada, el almacenero, la vecina, la amiga de su prima o hasta la madre de sus hijos que aún se interesaba por él. Caminar era liberar el sentir que decía: Me convidaron sin preguntar y quieren que no me queje.

Un rayo picó cerca, el fuerte trueno frenó el andar ensimismado en pensamientos, el caminar alienado por desencuentros, el avanzar arrastrado por el viento. Empezaba a llover. Empezaba a terminar el paseo volviendo cruzado de cara al viento.

La puta que lo parió, morirme así. Yo, justo yo, comido por una sudestada. Es increíble. No veo una mierda. Mientras tenga el segundo de faro estoy en camino, esa luz es casa. Pero al agua la escucho acá al lado, en cualquier momento me come. Me parece una cagada morirme sin encontrar, es todo lo que hice siempre, buscar, solo se buscar, ir por más. ¡Sí! Estoy llorando, hacía mucho no sentía esa sal. Cuando me

separé no lloré. Creo que la quería por amor pasado. Tenía que avanzar, tenía que buscar, seguir para encontrar. El viento no me deja caminar, da la sensación de ser contradanzas, como un minué.

Cuando murió mi vieja lloré, ahí sí lloré de verdad, era chico. Pero porque vi como todo se iba a la mierda. Cuando nació mi primer hijo lloré de felicidad, pero eso es distinto. ¡No puedo avanzar carajo! Hay películas que me hacen llorar, sí, pero no son lágrimas de sal.

La mano en alto haciendo fuerza para cortar el viento. Las ráfagas que abrazan la espalda, los pies que abren, avanzan y giran. El pecho que centra el caminar, la frente que busca refugio, los ojos que imaginan calor. Es tango no viento. Es tango no búsqueda. Es tango el encuentro. Es tango el otro, yo, la pareja... Mi reflejo al viento, mi descubrimiento.

Se afirman y entregan, bailan. Avanzan. Encuentran sin presiones de búsqueda. Se fusionan, conjugan y evolucionan. Golpea la puerta del faro.

Nadie más lo vio, dicen que su melancolía se perdió entre las nubes. Ese que ríe y se deja ver feliz es lo que devolvió la sudestada. Nunca contó que le pasó. Algunos dicen que murió, otros dicen otras cosas, aun así nunca se termina de conocer a alguien, así sea a uno mismo. Así son los caminos de encuentro.

EL CORAZÓN DEL FARO

| Por Claudia Pensa |

La noche era triste aquel 24 de junio.

La soledad se intensificaba con el frío costero del invierno.

Un pescador solitario paseaba, mitigando su aburrimiento frente al Club de Pescadores de Mar del Plata.

Ella, en un concurrido restaurante, tenía lágrimas en los ojos, cometiendo el pecado de alimentar con su pena el error de haber confiado nuevamente en el traicionero amor.

—Nunca más volveré a enamorarme... —Se decía a sí misma en la parada del colectivo costero.

El pescador, en la misma fila, la observaba.

—Al Faro —pidió ella al chofer.

—Al Puerto —pidió él.

Ella se sentó junto a la ventanilla, y él, presuroso, buscó un asiento a su lado. Al rato, cuando ella volteó, se encontró con su mirada fija y directa en sus ojos.

—Vi que llorabas. ¿Puedo ayudarte en algo?

Ella se estremeció y bajó la mirada.

—No... gracias.

—Yo bajo enseguida, pero vos seguís hasta el Faro. Esta noche me embarco en un pesquero. Vuelvo en tres días. Me gustaría invitarte un café cuando vuelva.

Intercambiaron sus números y él descendió en la parada del puerto. Se miraron a través del vidrio fijamente mientras el vehículo arrancaba.

Ella bajó en el Faro, unos cuantos kilómetros más adelante, y entró sigilosamente al departamento que alquilaba.

Sonó el celular mientras se cambiaba y dudó en contestar al ver el número de él.

—Disculpame, son las dos de la madrugada, pero quiero verte. ¿Te envió un taxi?

Ella dudó.

—Mañana al mediodía —le contestó.

—Mañana imposible, embarco a las ocho, en un rato.

Ella titubeó.

—Está bien, voy.

Se encontraron en la estación de servicio frente al puerto. Mientras tomaban café, se contaron sus penas hasta agotarlas y terminaron riendo.

—En tres días vuelvo, te llamo y nos volvemos a ver acá. No quiero perderte. Hace mucho que no sonreía.

Volvieron de la mano y se despidieron con un beso apasionado en la banquina del puerto.

—Hasta acá podés llegar —le dijo él.

—Presiento que esto va a ser inolvidable entre nosotros.

Ella volvió y se durmió mirando la luz del Faro, que siempre la cautivaba. Contaba los ocho segundos que separaban cada destello.

—Cúdaló —le pidió al Faro—. Que sea para siempre.

La luz del sol la despertó y el sonido de un helicóptero dando vueltas, a unas millas mar adentro justo frente al Faro, la estremeció.

Se hizo un café y prendió la radio.

“Se hundió el pesquero Don Antonino. Están buscando sobrevivientes. Enviaron una alerta a Prefectura, pero el piloto del helicóptero no pudo hacer nada. Solo vio la expresión de resignación y un saludo con la mano de despedida de uno de los tripulantes”, anunciaba el reporte.

—No puede ser su embarcación. Salieron a las ocho... Que Dios tenga en la Gloria a sus tripulantes.

Tres días después, fue al puerto. Sabía que el celular de él estaría sin señal momentos después de zarpar.

Preguntó a un marino recién llegado que reparaba su red.

—¿Hay noticias del pesquero Don Antonino hoy?

La miró con una mezcla de miedo y respeto.

—¿Vos sos familiar? ¿No te enteraste?

El silencio era más que elocuente...

—¿Fue la embarcación frente al Faro? —dijo ella.

Él solo siguió mirando su red.

—Es el destino... Yo debía haber tripulado esa embarcación, pero se me había vencido el permiso en la libreta. El mar estaba picado y decidieron salir más tarde. Sí... es el que se hundió. No se salvó nadie.

Ella comenzó a caminar los largos kilómetros hasta el Faro. Se quedó horas mirando hacia el mar hasta que la evidencia la convenció.

Un grupo de navíos pesqueros, con banderas negras, despedía en el lugar del naufragio a sus compañeros fallecidos.

—Me fallaste, dijiste "para siempre" —se dijo entre lágrimas.

Hoy va cada seis meses a ver el guiño del ojo del Faro, que le recuerda la luz de sus risas aquella noche.

Ella sabe que dentro del Faro hay un corazón latiendo cada ocho segundos, al mismo compás de sus corazones esa noche.

Noche única, vieja y eterna como la de San Juan.

EL LUGAR DE VINICIUS

| Por Daniela Sosa Rodríguez |

Paredes blancas, pasillos interminables, ruido y ajetreo incesantes por doquier, personas de todas las edades reunidas en una pequeña sala gubernamental, con voces graves y agudas, de diferentes tamaños y con problemas comunes: la burocracia. Algunos esperan de pie y otros sentados agradeciendo interiormente el haber llegado temprano, ya que estar de pie supone un verdadero suplicio y más si es por un tiempo prolongado.

Sonido de papeles, de clics, de quejas e inconformidades, el coro que forman los celulares y sus notificaciones.

—¡Pero qué molesto! —gruñía el viejo Vinicius que llevaba más de una hora sentado en la tercera fila.

Su blanco cabello cae rebelde sobre su frente llena de sudor y sus manos temblorosas agarran con firmeza una carpeta desgastada llena de documentos meticulosamente ordenados de acuerdo con una lista de requerimientos publicados por el gobierno.

—¿Por qué nos citan tan temprano, si de todas formas nos atienden cuando quieren? —vociferaba en voz alta una mujer joven al lado de Vinicius, que llevaba a su vieja madre en una silla de ruedas.

Vinicius, por su parte, solo podía observar aquella mujer inmovilizada en una silla, con la mirada perdida en alguna parte y con un ceño fruncido tan sostenido que pareciera que en algún momento su cara se disolvería y se convertiría en una pasa.

—¡Vinicius Noguera! —gritaban desde la segunda ventanilla. Pero Vinicius estaba tan concentrado en la cara de esa mujer discapacitada que por un momento imaginó una pasa arrugada en lugar de un rostro.

Aquella pasa arrugada volteó en dirección a Vinicius y este, sorprendido y avergonzado como un niño que sabe que obró mal, solo alejó su mirada rápidamente hacia otra dirección.

—¡Vinicius Noguera! —gritaba por tercera vez la voz de la segunda ventanilla.

— ¡Sí, voy! —Vinicius se levantó abrazando su carpeta.

—¿Veamos, tiene su identificación?

—Sí.

—¿Su CURP?

—Sí.

—¿Su acta de nacimiento?

—Sí.

—¿Comprobante de domicilio?

—Sí.

—Bien, ¿tiene algún número de contacto extra por el cual podamos contactarlo en caso de que no responda por el primero?

—No, señorita, este es el único que tengo.

—¿Ni de un hijo? ¿De su esposa?

—No, vivo solo.

La mujer solo le dirigió una mirada de lástima y de comprensión, mirada que nuestro viejo gruñón odiaba profundamente.

—Entonces... solo espere nuestra llamada para que venga a recoger su pago de pensión, eso es todo, tenga un bonito día.

—Gracias igualmente.

Vinicius dio la vuelta y volvió a ver aquella pasa arrugada, viéndolo fijamente y con una media sonrisa de burla. Vinicius salió lo más rápido que sus viejos pies le permitían ir.

No era la primera vez que sentía aquella sensación de incomodidad, de culpa y de arrepentimiento. Pues no tener hijos y esposa es sinónimo de desfortuna. Había roto un mandato social.

—¿Por qué he de sentirme así? ¡Si mis decisiones no fueron más que un bien necesario!

Nuestro Vinicius había tenido una infancia dura, sus padres fueron crueles y solo vieron en él a un pequeño esclavo que les proporcionaba dinero. Su única fuga fue el faro de Coatzacoalcos, siempre al terminar su jornada, terminaba adolorido de todo el cuerpo, pues la carga de pescados era tan pesada que se inclinaba casi a cuatro patas, ¡como los perros! Él decía, pero cuando iba a ese lugar podía ver el faro, con sus luces y con el azul mar que lo esperaba todos los días.

Ahora, en el presente, se encontraba sentado en el parque observando la imponente estatua de la libertad, una paloma blanca con una corona

de flores, las risas de los niños jugando, los puestos de comida y el sonido de las fuentes, el agua que brota de esas pequeñas aberturas, sonido parecido a las olas del mar, a un melancólico recuerdo de su juventud, su único consuelo y motivo de todas sus frustraciones.

—Quiero ir, quiero ir, quiero ir al mar por última vez.

Vinicius extrañaba el mar, las gaviotas, el cielo lleno de nubes grises con el sol entre ellas.

Se fue de Veracruz para tener una vida mejor, pero ¡qué vida!, siempre tuvo trabajos mal pagados y fue el punto de muchos malos tratos en la ciudad.

Ahora, a sus setenta años, solo quedaba en él una cosa, un anhelo: regresar al mar.

Volver a sentir la brisa, el olor, el calor y la arena, tener enfrente el gran faro de Coatzacoalcos.

—Ve, vete, ¡Vinicius! No esperes hasta estar postrado en una cama, vete.

Vinicius pensó que estaba enloqueciendo, lo único que tenía enfrente era la estatua. Se quedó un rato pensando, y después de aproximadamente una hora, se levantó y caminó a su casa, era como si estuviera en automático, como si su cuerpo lo guiara, un leve empujón. Empacó poca ropa y sus ahorros, se despidió de aquel cuarto pequeño en el que vivía.

—No hay nada para mí en la ciudad, nunca fue mi lugar.

Decía para sus adentros mientras esperaba el autobús que lo llevaría al puerto, a su ciudad natal.

Fueron tres horas muy cortas. Vinicius solo esperaba el momento en el que volvería a ver el mar y el faro de colores vivos y vista asombrosa.

Primera hora, la duda.

Segunda hora, el miedo.

Tercera hora, aceptación.

Vinicius tenía un remolino de sentimientos y pensamientos en su interior, ni siquiera comió y todo el camino estaba ansioso y a la vez alegre, por fin había tomado la decisión de irse, decisión que esperó tomar por más de cincuenta años.

Parecía un niño otra vez, estaba inquieto y solo miraba la ventana con la esperanza de ver el mar lo más pronto posible.

Después de un rato, que le pareció una eternidad, bajó del autobús con torpes pasos, como si se fuera a desmayar, como si fuera a morir en ese momento. El pueblo había cambiado, las luces, las calles, las personas, pero solo iba a una dirección.

Caminó y caminó por más de media hora, no sentía los pies y sus rodillas tronaban, pero eso no le impidió seguir.

Cuando escuchó la primera gaviota estaba eufórico.

Cuando escuchó el mar, su corazón dio un vuelco.

Cuando vio el faro, su vista se había llenado de grandes lágrimas.

—¡Aquí sigues! ¡Ha que me has extrañado, eh!

Vinicius aventó sus cosas a la arena y se metió al mar, con la ropa mojada y sus zapatos puestos.

Las olas venían como avalanchas, golpeaban su cuerpo, lo agitaban, lo moldeaban al mar.

Después de una hora, Vinicius salió del mar, estaba anocheciendo. Recogió sus cosas y fue en dirección al faro. Caminó con la ropa mojada, las personas pensaban que estaba loco, otras le tenían lástima, pero la sonrisa y sus ojos arrugados tenían un brillo, incluso más luz que la que proyectaba el faro.

Acomodó su maleta a manera de almohada y se recostó, viendo el paisaje que tanto amaba de niño. Nunca se volvería a ir, nunca volvería a traicionarse, nunca volvería a despertar de este sueño.

Y así lo hizo.

— Este es mi lugar.

MAR DE ENCANTAMIENTO

| Por Rosmir |

Mar de mi vida,
mar de mis sentimientos,
mar de mi alegría,
mar de encantamiento.

Contemplarte es amarte y sensibilizarse
ante esa fuerza y pasión que escondes dentro de tus profundidades.
Me inspiras respeto y ¡cómo no alabarte!
Si la energía divina en ti está palpitante.

Mirar hacia el infinito y ver tu oleaje
enciende dentro de mí una emoción gratificante,
que, unida en el silencio,
me traslada al éxtasis de la paz y la alegría,
que a mi alma tanto satisface.

En esa inmensidad late la vida,
que continuamente renace,
esconde bellezas inigualables;
nacen y nacen, por cantidades,
estrellas de mar y corales.

¡Y son tantos los peces juguetones!

Que navegan libremente,
en ese mundo tan misterioso
pero a la vez tan maravilloso.

Eres la energía que siempre quiero observar,
oír el sonido de tus olas cuando vienen y van,
bañarme en tus aguas y sentir
que soy una partícula más
de ese inmenso torrente de divinidad.

Es tu sabiduría la que quiero oír
y el juego de tus aguas benditas,
que con armonía y gallardía inquietas,
se portan como unas chiquillas
llenas de movimiento y alegría.

Es hermoso observarte,
y tan impresionante saber que eres infinito.

E imposible sería contarte:
tú tienes tu magia, tú tienes tu secreto,
tú eres un misterio guardado en el silencio.

En el sonido de las olas y en el mismo cielo,
que te cubre y con picardía te mira sonriendo,
porque hasta las estrellas, la luna y el sol

se conjugan para embellecerte
con su mágico fulgor.

Y gentilmente, sobre tus aguas,
brillarán eternamente,
porque la divinidad lo ha ordenado
por hoy y por siempre.

En esas noches de luna y esplendorosas estrellas,
caminar por tus orillas es exaltación
para el espíritu alegre e innovador
que todos llevamos en nuestro corazón.

LOS FAROS Y EL MAR

| Una antología literaria de “*Faros del Mar*” |

Navegamos juntos por historias, poemas y relatos que celebran la magia de los faros y su vínculo eterno e infinito con el mar. Esperamos, de corazón, que cada texto haya iluminado un rincón especial de tu imaginación y tu alma viajera.

Te invitamos a seguir explorando el fascinante mundo de los faros en nuestra web y redes sociales. ¡Nos encantará que nos visites y compartas tu pasión!

www.farosdelmar.com | info@farosdelmar.com

[@farosdelmar](#)

¡Gracias por compartir nuestra pasión, ser parte de esta
travesía literaria y dejarte guiar por la luz de los faros!



| *Faros del Mar* |

PRIMER SITIO WEB DE ARGENTINA
DEDICADO A LOS FAROS DEL MUNDO

www.farosdelmar.com

